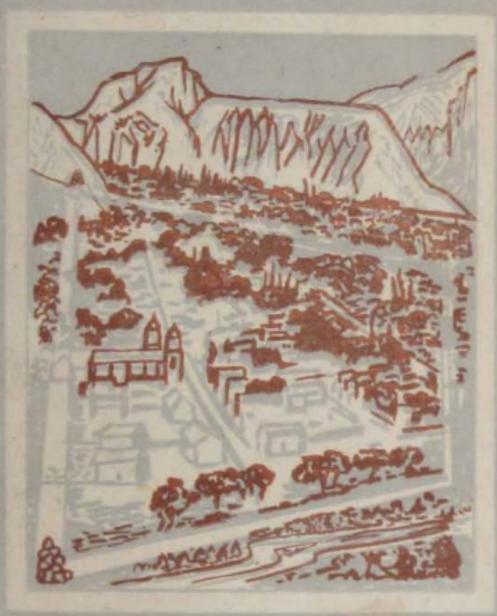


9



24
BIBLIOTECA

TILCARA



EDITADO POR ASOCIACION AMIGOS DE TILCARA
TILCARA - PROV. DE JUJUY
1958

La ASOCIACION AMIGOS DE TILCARA es una sociedad civil fundada el 23 de enero de 1957 por un grupo de vecinos y admiradores de este pueblo que, con prescindencia de toda actividad o ideología política o religiosa, propende al progreso de Tilcara y de su zona de influencia. Cuenta con Personería Jurídica. Su domicilio legal es Tilcara, provincia de Jujuy, Argentina.

Una de sus primeras preocupaciones es hacer conocer TILCARA, a éste propósito conduce la publicación del libro que presentamos en el que han colaborado hombres de ciencia y escritores de prestigio vinculados desde hace mucho tiempo a nuestro medio.

El Gobierno de la Provincia ha recibido con simpatía nuestra iniciativa apoyándonos en todo momento, es gracias a ello que podemos hacer esta publicación en las prensas de la Imprenta del Estado.

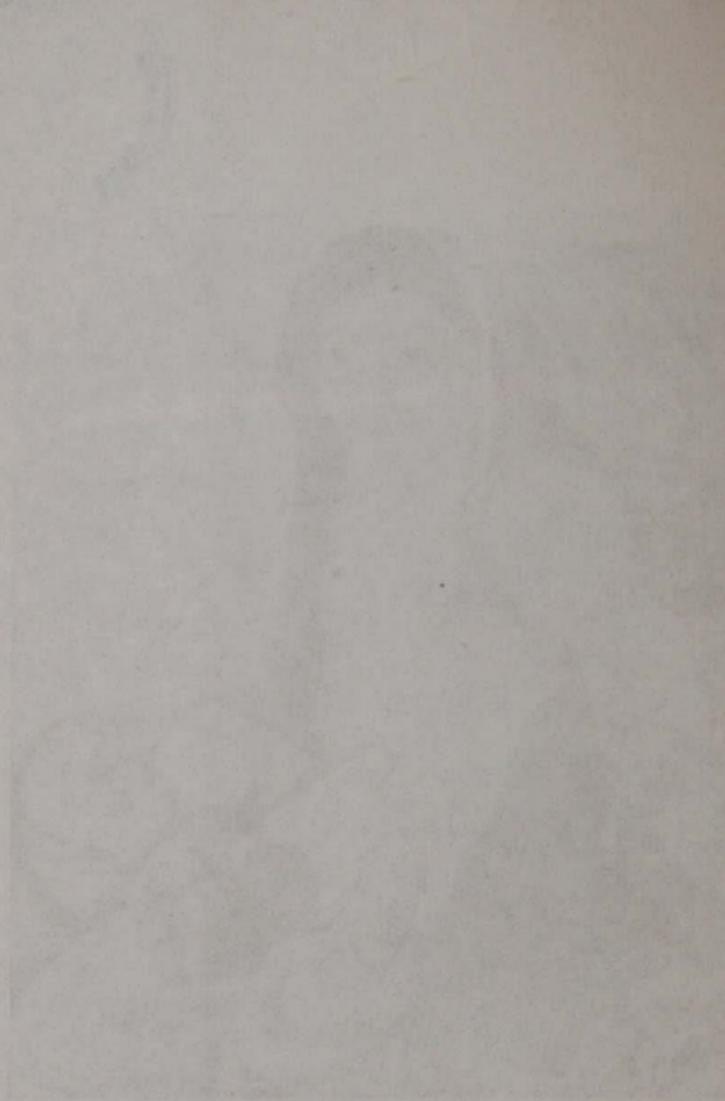
Hay otras iniciativas, entre ellas podemos citar la CASA DEL ARTISTA y SEDE SOCIAL, un viejo proyecto, a este fin se tramita la cesión de un solar donde se construirá esta casa de la cultura. Es grato hacer notar que hemos recibido ya decidido apoyo de artistas radicados en diferentes lugares del país.

A. A. de T.

MUSEO ETNOGRÁFICO
BIBLIOTECA
BUENOS AIRES



TILCARA — Medardo Pantoja



THE [illegible] OF [illegible]

CUANDO, gracias a la delicada atención de la ASOCIACION AMIGOS DE TILCARA, se me solicitó la presentación de este volumen, me sentí personalmente halagado y sumamente honrado en mi carácter de Director de Turismo de la Provincia.

En el libro se da, tanto por elogiable síntesis como por acertada selección, un panorama total de este pueblo centenario y de toda la Quebrada. La altura intelectual de los investigadores y de los artistas que aquí colaboran, garantiza una visión muy extensa y verdadera por la que pasan el exacto documento de la disciplina científica y la emoción estética de pintores y poetas. Es por eso que en uno u otro sentido, poco podré agregar a las excelencias de estos trabajos. Sólo recalco lo hermoso de esta obra imprescindible, emocionado orgullo de un pequeño pueblo — TILCARA — y honra legítima de esta provincia de Jujuy.

San Salvador de Jujuy, noviembre de 1957.

GUILLERMO GONZALEZ PADILLA
Director Provincial de Turismo

Algunas quebradas se acomodan en su trazado a las grandes líneas estructurales; en tal caso son longitudinales y de carácter "consecuente", como ocurre con la quebrada de Humahuaca. Esta ha sido elaborada por la erosión fluvial a lo largo de una faja de terrenos relativamente poco resistente, sobre los cuales las aguas han podido actuar con mayor facilidad.

En cambio varias de las quebradas menores que confluyen a la de Humahuaca, tales como las de Yacoraite, Juella, Huichaira y Purmamarea por la margen derecha, y la del Huasamayo por la margen izquierda, son de carácter "antecedente", o sea que ya existían cuando los cordones montañosos que limitan lateralmente a la quebrada principal, eran de mucho menor elevación. A partir del Plioceno superior esas montañas se fueron elevando, pero como el ascenso no fué lo suficientemente rápido como para contener el escurrimiento del agua de los ríos, a medida que el mismo tenía lugar se iban ahondando los lechos hasta adquirir el carácter de angostas gargantas, transversales a las principales líneas orográficas.

En la composición geológica de las sierras que limitan la quebrada de Humahuaca, participan rocas muy antiguas, del Precámbrico (esquistos y pizarras verdosos, violetas y grises) y del Paleozoico inferior (cuarcitas del Cambro-Silúrico, con Trilobites). Estas rocas constituyen grandes bloques dislocados y dispuestos casi siempre con rumbo norte-sur. Esas sierras son bastante angostas, de crestas regulares y faldeos abruptos. Contra ellas se han conservado en muchos lugares restos de los sedimentos del "Sistema de Salta" del Cretácico superior, constituido por areniscas, calizas y margas multicolores; asimismo se advierte la presencia del "Terciario Subandino", de edad Pliocena, formado por areniscas friables, limos y conglomerados. Por último, se hallan los sedimentos cuaternarios, que ocupan las porciones más bajas de la quebrada.

En el Mioceno Inferior, la región abarcada actualmente por el Noroeste de la Argentina, es decir por la Puna, la Cordillera Oriental y el Sistema Subandino, era de poca altitud, alcanzando apenas unos 1.000 m. sobre el nivel del mar. Sobre ella se acumulaban sedimentos provenientes de la erosión de las áreas próximas más elevadas, así como materiales piroclásticos emitidos por el campo eruptivo puneño.

La segunda fase del movimiento orogénico andino, que tuvo lugar en el Mioceno superior, determinó un intenso empuje tectónico en dirección al este; las rocas precámbricas y paleozoicas de la Puna se encorvaron y ascendieron, en tanto que la región situada más al oriente se hundía para formar una cubeta donde enseguida se depositaron los espesos mantos del Terciario Subandino.

Hacia fines del Terciario, se reprodujo el empuje tectónico, y finalmente se dislocó el área ocupada actualmente por la Cordillera Oriental, dividiéndose en una serie de bloques limitados hacia el oeste por fallas inversas. Con posterioridad, el bloque de la Puna comenzó a ser elevado en masa y empujado en dirección al este; con ello se originaron varias escamas tectónicas, formadas por rocas precámbricas, paleozoicas, mesozoicas o terciarias, que se fueron encimando y disponiendo en fajas paralelas con rumbo meridiano. Algunas de esas fajas estaban formadas por las rocas precámbricas y paleozoicas, de gran dureza, y otras por las rocas cretácicas y terciarias, de mucho menor consistencia.

Sobre ese nuevo relieve, caracterizado por elevaciones de rocas duras y blandas alternantes, comenzó a dibujarse de inmediato una red de drenaje, cuyos colectores mayores trataron de abrirse paso por sobre los terrenos cretácicos y terciarios que, por su escasa consolidación, permitían una fácil erosión y profundización de los valles. A lo largo de una de esas fajas es precisamente donde se originó la quebrada de Humahuaca, que todavía conserva en sus laderas, sobre todo en la banda occidental y en algunos tramos de la oriental, extensos remanentes de dichas rocas.

La quebrada de Humahuaca presenta un perfil transversal asimétrico; por lo general, la ladera oriental, constituida por las rocas precámbricas y paleozoicas, es de mayor inclinación, en tanto que la occidental, que desciende en dirección opuesta a la de los estratos, es menos inclinada, y por consiguiente de mucho más fácil acceso. Ello determina asimismo la existencia de valles más largos colectores de cursos de agua de cierta importancia, como los de Yaoraite, Juella, Huichaira, Purmamarca, del Medio, Yala y Reyes. En la ladera oriental el único importante es el Huasamayo, en cuyo conoide se halla Tilcara; pero se trata de un caso excepcional, pues a esa latitud la quebrada de Humahuaca presenta hacia oriente dos bloques de montaña paralelos, uno más bajo, el Cerro Negro, que se levanta directamente al naciente de Tilcara, y otro más elevado, el bloque principal de la sierra de Tilcara, separados ambos por la amplia cuenca tectónica de Alfarcito.

Uno de los rasgos morfológicos destacados de la quebrada de Humahuaca está constituido por los "volcanes", "mud-flows" o corrientes de barro y trozos de rocas. Las lluvias torrenciales que caen durante el verano, actúan sobre las espesas acumulaciones de material suelto que cubren las laderas de las sierras, y forman una masa fluida que finalmente se desliza por la acentuada pendiente de los lechos de los torrentes, hasta depositarse en los conoides terminales de los mismos, o bien alcanzan el mismo lecho de la quebrada principal, recorrida por el río Grande.

Otro rasgo morfológico destacado son los "angostos", en los cuales el fondo de la quebrada, ya de por sí estrecho, pues por lo general oscila entre 2 y 3 Km., se reduce hasta ser de menos de 100 metros de ancho. Los más conocidos son el angosto de Perchel, donde el río Grande ha debido abrirse paso a través de un afloramiento de rocas duras del Paleozoico inferior, y el angosto de Volcán, donde el extenso conoide del arroyo del Medio, el mayor de todos los de la quebrada, ha obligado al río Grande a recostarse completamente contra su orilla izquierda.

En síntesis, es posible advertir la existencia de una serie de ambientes geomorfológicos diferentes como integrantes del paisaje de la quebrada de Humahuaca.

En primer término, se hallan las zonas encumbradas de los bloques serranos que delimitan la quebrada; están constituidas por las rocas esquistosas y pizarrosas del Precámbrico y Paleozoico inferior, de colores preferentemente oscuros; allí la erosión fluvial prácticamente no ha podido actuar bajo las condiciones reinantes de clima desértico de altura, y por tal causa aún se conservan las formas suaves y levemente onduladas que corresponden al antiguo relieve o peniplanicie del Terciario inferior.

Siguen después, a menor altura, los faldeos de las sierras, formados por rocas paleozoicas; muestran fuertes pendientes, que pueden sobrepasar los 30°, y en parte poseen una cubierta de material detrítico procedente de la desagregación mecánica. En ellos se observan quebradas menores, profundos surcos de erosión recorridos en su casi totalidad por cursos de agua temporarios, que únicamente llevan agua a consecuencia de las fuertes lluvias estivales. Uno de los más notables es la profunda Garganta del Diablo, elaborada por el río Huasamayo, al este de Tilcara.

En varios tramos, se han conservado adosados a los faldeos bajos remanentes de los sedimentos del Cretácico correspondientes al "Sistema de Salta"; se trata de areniscas, calizas y margas de colores vivos, con predominio del rojo, amarillo y blanco; esos mantos, que buzan rápidamente en dirección al oeste, han sido intensamente desgastados por los agentes externos, y se han creado paisajes que llaman la atención por lo atrevido de sus formas y la intensidad de su colorido.

En la porción más baja de las sierras que limitan la quebrada, y sobre todo en las laderas occidentales, se conservan restos del "Terciario Subandino" del Plioceno, formado por areniscas friables y conglomerados. Tanto en esos afloramientos, como en los conoides modernos y en las terrazas que acompañan ambas márgenes del río Grande, las aguas de las lluvias torrenciales han erosionado intensamente esos materiales poco resistentes, y han elabo-

grado típicos paisajes de "badland", con profundos surcos verticales locales que delimitan "pirámides de levigación", según la denominación de Fochler-Hauke.

Finalmente, en el mismo lecho de la quebrada principal, así como en el fondo de las quebradas menores que convergen a ella, se encuentran bancos de pedregullo, limo y pequeños barreales arcillosos, correspondientes a los depósitos de edad actual.

MARIO F. GRONDONA

1956

BIBLIOGRAFIA PRINCIPAL

- Daus, Federico A. : Geografía de la República Argentina, parte I, Geografía Física. Buenos Aires, 1956.
- Feruglio, Egidio: Orografía de la R. Argentina; en Geografía de la R. Argentina, Sociedad Gaea, Buenos Aires, tomo IV, 1946.
- Fochler-Hauke, G. : Procesos de alteración, erosión y acumulación en los valles de montaña del Noroeste argentino; en *Naturwissenschaftliche Rundschau*. Stuttgart, 1952.
- Frenguelli, J. : Las grandes unidades físicas del territorio argentino; en Geografía de la R. Argentina, tomo III, Sociedad Gaea, Buenos Aires, 1946.
- Groeber, P. y Pastore, F. : Reconocimiento geológico del torrente de barro llamado Volcán; en *Anales del Museo Nacional de Historia Natural*, tomo XXXVII; Buenos Aires, 1931.
- Harrington, H. : Estudio sobre el "Volcán", en *Revista de la Asociación Geológica Argentina*, tomo I, parte 2. Bs. Aires, 1948.
- Keidel, J. : "La Prepuna de Jujuy y Salta", en *Revista del Centro de Estudiantes del Doctorado en Ciencias Naturales*, Buenos Aires, 1937.
- Kuhn, F. : "Algunos rasgos morfológicos de la región omaguaca". En *Anales de la Facultad de Ciencias de la Educación*, Paraná, 1923.
- Rohmeder, G. : "El paisaje entre Jujuy y La Quiaca". En *Anales de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos Gaea*, tomo VII, Buenos Aires, 1943.
- Sgrosso, P. : "Contribución al conocimiento de la minería y geología del Noroeste argentino", *Boletín N° 53 de la Dirección de Minas y Geología*, Buenos Aires, 1943.

ASPECTOS GEOGRAFICOS DE LA QUEBRADA DE HUMAHUACA

P O R

HORACIO DIFRIERI

INTRODUCCION

En toda la frontera septentrional del país, dos grandes rutas históricas han dirigido exclusivamente los movimientos de población: la vía fluvial del Paraguay-Paraná y la quebrada de Humahuaca.

Esta última constituye, en toda la Puna y en gran parte del antepaís subandino, la única ruta de comunicación entre Argentina y Bolivia. Los restantes contactos que se establecen a lo largo del límite sólo tienen importancia localizada y nunca indican vinculaciones asiduas entre regiones distintas por su población y recursos. La hendidura de Humahuaca, en cambio, permite vincular el modo de vida de los altiplanos con el de los grandes valles templados que se ubican entre uno de los más desolados paisajes del continente —la Puna— y las sierras subtropicales. Los modos de vida que en ella se manifiestan son muy parecidos a los de los habitantes de las montañas y en nada o en muy poco se asemejan a los de la región subtropical del naciente. Una breve explicación intentaremos aquí sobre ciertas peculiaridades que le prestan unidad inconfundible, tanto por sus rasgos físicos como por sus caracteres humanos.

LA POSICION DE LA QUEBRADA

De las tres grandes hendiduras que conceden acceso a la Puna desde las regiones perimetrales más bajas —valle Calchaquí, quebradas del Toro y de Humahuaca— dos de ellas ofrecen interés para las rutas que, en todo el ámbito andino, se orientan en el mismo sentido que tienen los elementos estructurales; ellas son el valle Calchaquí y la quebrada de Humahuaca. El primero ofrece una dificultad adicional, puesto que exige una penosa operación de ae-

ceso previa, por la quebrada de Escoipe u otra más larga, por la quebrada de las Conechas, antes de poder emprenderse el acceso propiamente dicho. Esa dificultad se puso de manifiesto con el ejercicio del tráfico y con el tránsito continuo que se inició en el siglo XVI, desde que quedaron fundadas las ciudades de los pedemontes y valles templados. Es decir, desde que, desde ambos lados del borde de la Puna, se produjo un movimiento circulatorio apreciable en términos de economía y población.

Por la ruta del valle Calchaquí el nivel altitudinal de la Puna se alcanza aproximadamente a los 24° 40' de latitud sur. Por la ruta que sigue por los valles del este y que se apresta desde larga distancia a penetrar en la quebrada de Humahuaca, a la latitud referida se llega recién al paralelo de Güemes, y se logra el nivel puneño a los 23° (Iturbe, 3330 m.; Tres Cruces, 3690 m.). Por el antiguo camino que bordea en la Puna las salinas Grandes y la laguna de Guayatayoc, se deben recorrer más de 230 km. por altitudes superiores a los 3000 m. en terreno totalmente despoblado para ascender a los 23°.

Todas las poblaciones de la quebrada, tanto las arqueológicas como las actuales, pueden explicarse suficientemente con un análisis de las condiciones de situación; pero la aproximación de los Incas y de los pueblos dependientes de ellos dió significado a las condiciones de posición que la ranura del río Grande ofrecía para la organización de más vastos espacios. Filiberto de Mena, entre otros, noticia sobre la existencia de establecimientos incaicos en Purmamarea y en las cereanías de Jujuy que, evidentemente, se ubicaban en función de una ruta de largo alcance y no de caminos de interés puramente local. La quebrada intervino pues en los planes militares del estado cuzqueño al integrarse con la red caminera que este último dispuso a lo largo de los Andes. Pero, además, esa nueva condición la convirtió en una notable ruta cultural. La alfarería prehispánica hasta ahora conocida, cuenta con buen número de piezas de un estilo incaico local que han aparecido ante los ojos de los arqueólogos en los sitios más importantes de la quebrada. Cualquiera sea la índole precisa de la tributación cultural, resulta obvio que tales lugares han funcionado como centros de transferencia pre-coloniales y algunos de ellos muestran evidencias ciertas de intercambios prolongados e intensos. Ejemplo típico de los mismos es el puecá de Tilcara.

En los lugares más meridionales —Volcán, por ejemplo,— parece insinuarse una penetración chaqueña, poco profunda y muy somera.

Al iniciarse el período colonial, después de las primeras entradas y exploraciones, los hombres del Perú, preocupados por poblar

en el Tucumán, dispusieron que Hernando de Lerma fundase una ciudad. Según los planes e instrucciones del virrey Francisco de Toledo, se estableció que "la dicha población se haga en la parte y lugar del dicho valle de Salta o Calchaquí que mas conbiniere y con la mas gente que fuere posible para que aya facilidad en la entrada y salida de la dicha provincia". De los dos valles, el primero "esta mas en camino del piru donde se puede poblar a menos rriesgo por tener libres las entradas y salidas por donde le puede venir socorro —dice uno de los veteranos conquistadores en la enenesta que promoviera el de Lerma - para elegir el lugar de la fundación— y porque la gente española estara mas aparejada para poderse yr al piru". Una atinada apreciación locacional hizo que el valle de Calchaquí fuese desechado para la instalación urbana, pues, aunque sus atributos de situación eran satisfactorios, sus condiciones de posición eran desfavorables.

Cuando se fundó la ciudad en el valle de Lerma, la entrada lejana de éste —Humahuaca— vigorizó sus funciones. Como éstas eran ya tan importantes, pues la ruta estaba al servicio de las ciudades del Tucumán, se hizo imprescindible adquirir el dominio de la boca de la quebrada mediante una segunda fundación con la cual se aseguraba el comando de la ruta, se prestaba apoyo regular a los que la transitaban y se organizaba el enlace con los caminos locales. La ciudad de Jujuy nació así promovida por sus condiciones de posición, más que por las de situación.

LOS PUEBLOS Y EL MODO DE VIDA

Las numerosas ruinas que se distribuyen a lo largo del valle del río Grande demuestran que la ocupación humana es antigua y que la población ha sido nutrida. El tono general de la cultura indígena de Humahuaca indica vinculaciones más íntimas con los pueblos de la Puna que con los de las montañas con selvas del naciente. Los pueblos en ruinas se hallan desde Humahuaca hasta Voleán. En esta localidad puede ubicarse, a su vez, el límite septentrional de la vegetación arbórea. La instalación indígena se halla contenida entre el límite altitudinal de la Puna, al norte, y el borde de la zona húmeda al sur.

El límite septentrional detiene el cultivo del maíz, mientras que el límite meridional parece haber sido fijado por el clima que ni los indígenas ni sus animales de transporte encontraban propicio.

Los españoles, que aportaron un complicado sistema de toma de posesión del terreno y gran número de elementos para hacer intervenir en la explotación agrícola, se hicieron cargo de lugares que, para los indios, no habían sido deseables. Los animales de trans-

porte y de alimento que trajeron, determinaron inmediatamente la propagación de las torrajeras en las zonas de cultivo. Las nutridas tropas de mulas que eran solicitadas por los yacimientos mineros del altiplano y que procedían de todo el Tucumán hicieron cubrir de alfalfares extensas áreas entre las cuales se encontró desde el primer momento la quebrada que nos ocupa. Los pueblos coloniales cultivadores de alfalfa para las arrias, prestaron a éstas mayor alcance y movilidad en su camino hacia el norte. La circulación más densa de hombres, animales y cosas dentro de una estructura territorial pacificada, dió gran fluidez a las relaciones y permitió a los indígenas y mestizos que adoptasen rápidamente los instrumentos de uso de la tierra que formaban el patrimonio de los europeos.

Un análisis de los pueblos de la quebrada permite distinguir tres tipos de lugares con población aglomerada:

a) Los pueblos surgidos debido a favorables condiciones de situación para la agricultura de riego: Humahuaca, Tilcara, Maimará, Volcán, León, etc.

b) Los sitios poblados que han surgido al servicio de la vía de comunicación más importante de la ruta: el ferrocarril. Tales aglomerados responden a las necesidades ferroviarias y no alcanzan a tener dimensión demográfica suficiente como para figurar en el último censo de las poblaciones con más de cien habitantes. Ejemplos de este tipo son Iturbe, Senador Pérez, etc.

c) Algunos pueblos acumulan buenas condiciones de situación con ventajas de posición. El ejemplo más notable es Humahuaca. Esta población se beneficia (a) de la amplitud que allí adquiere la quebrada; (b) de la cercanía al borde de la Puna, a ambos lados de cuyo límite altimétrico se produce una intensificación del tránsito y del tráfico; (c) de los caracteres de clima local que la convierten en lugar de veraneo para las poblaciones de la zona húmeda y (d) del mayor alcance de sus vinculaciones, especialmente hacia el sur, que ha logrado gracias a la ruta internacional (camino, ferrocarril, telégrafo). Su población total, que pasa de 2000 habitantes, denuncia ya cierta complejidad urbana, la cual se halla acrecida por sus funciones de capital de departamento con una considerable zona de influencia fuera de la quebrada.

CONCLUSION

La quebrada de Humahuaca, una de las pocas brechas de acceso y descenso que el gran torso de la Puna ofrece en su borde meridional, pertenece al ámbito de la montaña más que al de los valles y tierras más bajas del naciente. A pesar de que sus condiciones de

posición han provocado procesos de interpenetración de elementos paisajísticos, de pueblos y de culturas, sus rasgos dominantes pertenecen a la montaña y a los montañeses que han hecho del surco del río Grande una micro-región intensamente humanizada.

A pesar de que en algunos poblados han surgido modos de vida desconocidos para las antiguas pautas de trabajo, el grueso de los habitantes sigue manejando un rico fondo de rasgos culturales y de técnicas de labor que se proyecta nítidamente desde tiempos precoloniales. Los nuevos instrumentos de circulación de largo alcance que se han superpuesto recientemente a las sutiles sendas de herradura y a los tenues senderos de los incansables puneños, han atraído más que nada, pobladores de los altiplanos, como en tiempos prehispánicos. Cuando queda colmada la capacidad receptiva de la quebrada, se escurren hacia el sur, en busca de los valles más amplios y más opulentos, con climas menos esquemáticos y mayor variedad de trabajos y, en suma, con mayor movilidad demográfica.

Humahuaca se presenta como inerustada en la Puna y, en medio de un desierto de altura casi absoluto, ofrece su alta densidad de población a lo largo de las estrechas terrazas del río Grande acondicionadas al pie de altos paredones multicolores. Es probable que esa ubicación haya influido poderosamente para que también se conserven en su interior, enclavados con fuerza, tantos rasgos de cultura y tantos hábitos y reminiscencias que basta convocar con el solo nombre de la quebrada.

HORACIO A. DIFRIERI

CARACTERES GEOGRAFICOS DE TILCARA

por

ROMUALDO ARDISSONE

Una noción esquemática de los tres grandes valles del Noroeste: la quebrada de Humahuaca, la del Toro y el valle Calchaquí, puede hacerlos considerar como iguales; sin embargo, apenas penetramos en el examen de cada uno, vemos aparecer más de un elemento distintivo individual, de variedad y probablemente también de especie.

Esta consideración es semejante a la que podemos formular comparativamente, en conjunto, entre los mencionados hechos geográficos de las dos provincias del extremo rincón septentrional argentino, acerca de las poblaciones agrupadas que en ellos nacieron y se desarrollaron. En efecto, la existencia de una cierta similitud, de un innegable aire de familia más o menos evidente, no debe hacernos olvidar la de aspectos diferenciales, cuantitativos y cualitativos, de mayor o menor significación. No es necesario llevar a cabo un análisis exhaustivo para captar los caracteres de las instalaciones humanas del valle Calchaquí frente a los presentados por sus similares de la quebrada de Humahuaca. Precizando más y más el examen, llegamos a registrar distingos de importancia entre las mismas poblaciones humahuaqueñas. Si, por un lado, las síntesis apretadas son útiles, aún más, son necesarias; por otro lado, los análisis no dejan de ser valiosísimos, aun más, imprescindibles, hasta llegar a la captación de las facetas de cada individuo geográfico. En el caso de la población de Tilcara cuyos rasgos individuales procuraremos fijar, sin olvidar, por cierto, que un estrecho vínculo familiar impide un pleno divorcio con sus congéneres de la Quebrada.

El censo general de 1947 le asigna 1.380 habitantes. No vamos a negar la evidencia: se trata de un número exiguo, hasta el punto

que dista bastante de alcanzar la cantidad de 2.000 habitantes que suele adoptarse como nivel inferior para asignar la condición urbana a un núcleo de población. Por lo tanto, no se incluye siquiera en la categoría de los menores centros urbanos que, por centenares, contribuyen a dar un cariz humanizado al inmenso paisaje argentino.

Sin embargo, esa pobreza demográfica no debe hacernos creer que, para el conocimiento de ese poblado quebradeño, bastan y sobran dos palabras, juzgadas excesivas en el horizonte nacional. Es que no siempre es cuestión de presentar la totalidad geográfica del país, sino que se impone el interés regional, subregional y, a menudo, el simplemente local. Además de la importancia innegable del aspecto demográfico cuantitativo, para caracterizar un poblado frecuentemente debe hacerse hincapié en otras facetas, como sucede con Tilcara que, precisamente, en este escrito, por más que abarque varias páginas, no se logrará exponer en su totalidad y con los debidos detalles.

Vamos a dejar al margen la ciudad de San Salvador, por cuanto no se encuentra en la Quebrada sino en su puerta inferior y máxima, de entrada y salida. Por ello, la fundación y el posterior desarrollo se hallan ligados a ese gran accidente geográfico; pero, se impone reconocer que el mayor exponente urbano jujeño se siente impulsado, en mucho, por la confluencia de otros factores favorables que derivan de distintos ambientes de la provincia.

Limitado, pues, el problema simplemente a la Quebrada, llama la atención que, no obstante la gran extensión que abarca ésta, la realidad antropogeográfica, en la especie de las instalaciones agrupadas, tenga poco brillo por la cantidad de poblados y por el número de habitantes de cada uno de ellos, siendo exiguos los casos que al máximo merezcan ingresar en la condición de urbanos, aun siendo tolerantes en la adopción del límite inferior.

El resultado del censo nacional de 1947 nos ilustra al respecto, por cuanto nos hace saber que, en esa fecha, Humahuaca, Tilcara y Maimará contaban, respectivamente, 2.094, 1.380 y 1.068 habitantes, mientras que los demás no pasaban de ser núcleos míseros, pues, por excepción, uno sólo supera un poco los 200 habitantes. El hecho responde al predominio del clima árido que, por desgracia, limita con harta eficacia la vida del hombre.

En el cuadro general, Tilcara ocupa un lugar de favor y nos hace pensar en que sea como una segunda capital quebradeña. Esta es la consecuencia de varios factores que le dieron su condición actual y la ponen en camino de otros progresos. Escudriñar el juego de las facetas del problema resulta atrayente y no resistimos a la tentación de aclararnos tan sugestivo hecho geográfico, pidiendo desde ya clemencia si el resultado no respondiese suficientemente a la intención.

En primer término, Tilcara constituye algo sorprendente, completamente excepcional. En efecto, el camino carretero y la línea férrea, a lo largo de la Quebrada suelen correr por la derecha del río Grande. En concordancia, todos los poblados de la Quebrada se encuentran en la banda occidental. Todos, menos Tilcara. Semejante coincidencia entre las vías de comunicación y las instalaciones agrupadas no responde siempre a una relación causal, sino que ambos hechos se vinculan a condiciones del ambiente geográfico que encauzan la vida de los habitantes.

Resulta que buena parte de la Quebrada es asimétrica en dos aspectos fundamentales: la geología y la topografía. En efecto, la ladera oriental es de rocas antiguas, duras, y se levanta abrupta por centenares de metros, desde el fondo quebradeño que por estar ocupado por el lecho del río Grande sus aguas, más a menudo, se acercan al pie de esos cerros empinados. Contrariamente a esto, la geología del lado occidental acusa una edad moderna manifestada en grandes depósitos de acarreo fluvial del terciario y cuartario. Son, pues, materiales sueltos o poco cementados; la erosión los ha mordido con variada intensidad, de modo que, aunque se observen pendientes abruptas y hasta paredes verticales, se trata de relativos detalles, por cuanto, en conjunto, es una topografía comparativamente menos accidentada. De allí que la circulación, los cultivos y los emplazamientos humanos acusen un notable desequilibrio en favor de la banda occidental.

Por cierto que esa ladera empinada del nacimiento no es una pared regular. Haciendo caso omiso de pequeñísimos detalles, desde la quebrada de Punta Corral hasta la de La Huerta que, respectivamente, terminan frente a Tumbaya y Huacalera, en tan larguísimo trecho, encontramos incisiones transversales, surcos de erosión de variada amplitud, con perfil longitudinal de pendiente impresionante. Son las cuencas torrenticias que no suelen pasar de esbozadas y que, en su parte inferior, en el fondo de la quebrada, forman el conoide no siempre definido, generalmente pequeño. Algunos de estos conoides se aprovechan para la instalación de una vivienda. Sin embargo, en la serie de estas acumulaciones torrenticias hay un gigante: es el conoide del Huasamayo sobre el cual se asienta Tilcara y corresponde a una cuenca torrenticia innegablemente excepcional.

El mencionado paredón montañoso, en conjunto, parece delimitar el valle de Humahuaca por el E. y así generalmente lo cree el viajero porque por él se ve limitado el horizonte. En realidad, este cerro abrupto que se eleva hasta 800 y 1.000 m. sobre el nivel del río Grande, contribuye a formar la porción encajonada del valle, la llamada propiamente *Quebrada*; pero, el límite oriental de aquél es dado por una serranía situada mucho más al nacimiento y cuyos picos alcanzan a sobrepasar los 4.000 m. y varios se acercan

a los 5.000. A esta serranía corresponde la línea de despluvio y a su gran altura debe atribuirse el obstáculo de que penetren al valle de Humahuaca las masas de aire húmedo estival procedentes del E.

La distancia entre el *divortium aquarum* y la cresta del susodicho paredón o cordón es grande. Pero, como al naciente de la parte superior de éste el suelo vuelve a bajar un poco, resulta que esa cresta facilita la formación de varias cuencas cuyas aguas van al río Grande en contados lugares. En efecto, en la porción sur tenemos la quebrada de Punta Corral que, en mucho, corresponde a un valle longitudinal a la quebrada de Humahuaca. La porción norte manda las aguas al río Grande por medio de la quebrada transversal de la Huerta. Entre las dos cuencas, queda la del Huasamayo a la cual debe en gran proporción su vida la población de Tilcara.

En las condiciones que esbozamos, la cuenca del Huasamayo resulta gigantesca en la serie de surcos y torrentes antedichos y, a la amplitud del hecho físico, no es de extrañar que haga corresponder a su favor una notable concentración de la vida humana hasta alcanzar visos urbanos. Es una cuenca torrencial bien definida, con las tres secciones evidentes: a) cuenca de recepción, b) canal de escurrimiento y c) conoide de deyección.

La primera sección es amplia y elevada, pues, se extiende a más de 2.900 m. sobre el mar y está constituida por una serie de hondonadas confluentes que permiten formar un curso de agua permanente. Gracias a ello se observan en Alfarcito cultivos de regadío y se admiran los numerosos restos de banales prehispánicos que, en parte, aún se utilizan.

El canal de escurrimiento o de desagüe es un cauce encajonado, un tajo profundo e impresionante, por el cual las aguas seccionaron transversalmente el mencionado paredón montañoso de rocas duras y con ello se abren paso hacia el fondo de la Quebrada. La toponimia ofrece un testimonio sugerente en alto grado: la existencia de la denominación Garganta del Diablo habla bien a las claras de la índole del fenómeno geográfico considerado. Además de constituir un atractivo para los turistas, esta parte del torrente pudo aprovecharse en la obtención de energía hidroeléctrica que sirve a Tilcara y a otras poblaciones quebradeñas.

La tercera porción de la cuenca torrencial del Huasamayo consiste en la acumulación o conoide de deyección vinculado tan directamente con Tilcara, puesto que proporciona el sitio elegido para esta instalación humana. Debido a las condiciones morfológicas y petrográficas, la acción demolidora del torrente en la montaña es intensa. El fenómeno se patentiza en el relieve de la cuenca de recepción y en la enorme cantidad de material que llega al fondo de la Quebrada, donde el agua del río Grande se muestra incapaz de llevarlo todo y por ello se formó el gran conoide. El frente

del depósito avanza hacia el poniente, desvía al río Grande, dificulta su curso determinando encañamiento aguas arriba, donde, no obstante el dominio del material terroso, la amplitud del fondo de la Quebrada y el nivel casi horizontal, existen dificultades para los cultivos y no se pueden hacer instalaciones humanas.

El conoide es un enorme abanico cuyo ápice lo tenemos a la salida del canal de descarga y cuyo frente o límite inferior es dado por un amplísimo arco descrito por la orilla izquierda del río Grande. El desnivel corresponde a unos 110 m que se distribuyen en una distancia cercana a 1 Km y medio, con lo cual se explica la acentuada pendiente que puede apreciarse colocándose el observador en la banda opuesta de la Quebrada, así como desde Huichaira es posible admirar la totalidad de la cuenca del Huasamayo.

En general, el abanico se abre hacia el N. W; por el S. toca el pie septentrional del Pucará que, como sabemos, es el residuo de un conoide más antiguo. El ápice o vértice del conoide ocupa el espacio interpuesto entre dos cerros que se apartan gradualmente, pero la gran masa del depósito eleva el fondo de la Quebrada. En la parte cercana al frente, la pendiente es más suave, mientras que se acentúa en la vecindad del ápice.

Otra diferencia digna de nota consiste en la distribución de los materiales según el grosor que es variadísimo, pues, va desde el material fino, terroso y arenoso, hasta las piedras pequeñas y las que se traducen en peñas. Lo más fino se encuentra en la zona baja donde facilita los cultivos y las construcciones en las que se usa el adobe o la tapia, así como la "torta" para techar, indicio de costumbres y de condiciones de clima seco. Una referencia más a la adaptación ambiental circunscripta la observamos en la parte encañada del fondo quebradeño donde se observan cercos de "champa" o tepe.

Contrapuesto a lo anterior tenemos la parte axial o central del conoide con rumbo hacia el poniente e intensificación creciente al acercarnos al vértice. Allí existe el gran pedregal, el reino de la piedra, cuyo tamaño aumenta asimismo a medida que nos elevamos. La sucesión se documenta con la observación de la naturaleza y con una perfecta adaptación humana. En efecto, marchando de N a S, desde la parte cenagosa con "champa", al caminar por las calles ascendentes, primero encontramos los cercos terrosos de tapia y adobe y cimientado de piedra; luego aparece la transición representada por la disminución de la tapia y el consiguiente aumento de la piedra, hasta que, a no mucha distancia, pero en nivel superior, desaparece totalmente el uso de la tierra y domina soberana la piedra, así como se hace patente el esfuerzo realizado para conseguir pequeños cultivos.

La parte cercana al ápice del conoide, además de excesivamente pedregosa, es la menos indicada para la actividad humana y las

instalaciones, por cuanto la vecindad a la boca del canal de descarga representa hallarse expuesto el lugar a los efectos del terrible sifonazo de las salvajes crecidas del torrente. A fin de poner a cubierto la población de Tilcara y sus cultivos inmediatos contra las probables inundaciones devastadoras, construyese una defensa y así se evita que las calles orientadas al N se conviertan en cauce del torrente.

La existencia de este gran conoide con los aspectos que tratamos de esbozar, explica los medios de vida y de relieve que permiten la formación y desarrollo del pueblo de Tilcara. El sitio elegido es el más propicio sobre la amplia construcción del Huasamayo: parte baja y fértil, en pendiente que facilita su visión al viajero mejor que cualquier otro poblado quebradeño, visión que no es indiferente para cualquier población y menos para éstas que ya tan intensamente se vinculan al turismo. La mencionada topografía un tanto regular permitió una traza también regular, pues, no obstante la diversidad de medidas de las manzanas, las calles se cruzan casi siempre en ángulo recto; pero, no faltan excepciones, irregularidades acentuadas, como, asimismo en los nombres, no repite la nomenclatura de todas las poblaciones argentinas, sino que en la calle Sorpresa, por ejemplo, rememora un hecho histórico local vinculado con la retirada del montonero Felipe Varela.

Dadas esas condiciones topográficas, las calles de E a W son casi horizontales, pero necesariamente las situadas más al S son más altas; las calles de N a S tienen acentuada pendiente. Con respecto a la primera traza, Tilcara ha tenido un crecimiento con un barrio nuevo situado al W; otros progresos de importancia no podrán efectuarse hacia los demás rumbos por oponerse en mucho los cerros abruptos, el pedregal y la planicie encenagada por el dique del conoide.

En un bosquejo del asunto, lo dicho acerca del papel que desempeña la cuenca del Huasamayo y, particularmente, su conoide es bastante y podemos expresar en síntesis que ese papel es de primer orden. Pero, esto no debe hacernos callar la influencia que ejercen otros factores más o menos cercanos y de mayor o menor eficacia.

Las quebradas afluentes de la principal o axial son más abundantes en el poniente y una de ellas, la de Huichaira viene a tener su desembocadura enfrentada casi perfectamente con la cuenca del Huasamayo. En realidad, Tilcara tiene una posición que llamaríamos crucial. Así resulta de la orientación de las dos cuencas confluentes de Huichaira y Huasamayo que constituyen los dos brazos de la cruz. Huichaira está poblada y gravita normalmente hacia Tilcara.

La cruz se completa con el largo corredor de la quebrada de Humahuaca con disposición meridiana casi perfecta. Dentro de ella, Tilcara aprovecha su ubicación sensiblemente central que, en algo,

ha de influir sobre su vida. Por cierto que tal influencia ha de acentuarse muchísimo, hasta adquirir caracteres de exclusividad, en la porción cercana. Bien sabemos que la gran Quebrada se divide en una serie de secciones o cuencas secundarias determinadas por un angosto de aguas arriba y otro de aguas abajo. Entre los dos accidentes que parecen estrangular a la Quebrada, ésta se ensancha relativamente y constituye un ambiente propicio para la actividad y la instalación humana que se polariza hacia un poblado local.

En el caso de Tilcara, la cuenca tiene su límite meridional cerca, pues lo podemos establecer en el angosto de bajo nivel del Pucará, pues lo que sigue al S corresponde al área de influencia de la importante población de Maimara. En cambio, el límite septentrional es dado por el angosto de Perchel que es de lo más típico entre sus congéneres. Entre Perchel y el Pucará, existen cultivos e instalaciones rurales en las dos bandas del río Grande y a ello se agrega la quebrada de Juella que confluye por la orilla derecha.

Desde el punto de vista administrativo, el área de gravitación es mucho más amplia, por cuanto es capital de un departamento que, hacia el N, llega hasta Yacoraité y, por el S se acerca a Purmamarca. Una muestra de la importancia adquirida por Tilcara la encontramos en el aspecto religioso. En efecto, después de una serie de vicisitudes en que nuestra población fué un anexo de Humahuaca y luego de Tumbaya, en 1860 se creó el curato de Tilcara con extensa jurisdicción en la Quebrada. (1)

Aparte de ciertas dificultades petrográficas y de relieve, la economía en la mayor parte de la Quebrada encuentra una traba en las condiciones de gran aridez que impone el clima y que sólo pueden contrarrestarse recurriendo al riego, pero, este recurso es limitado. Por tal causa, la naturaleza incide sobre Tilcara y obstaculiza las posibilidades de progreso con mucha eficacia. El alto cordón montañoso del naciente impide la llegada de la humedad y por otra parte la masa de aire húmedo no asciende más allá de Volcán. Por ello, el ambiente de Tilcara es muy seco; un índice lo tenemos en el dato pluviométrico que se halla muy debajo de los 200 mm. anuales, cantidad indudablemente exigua.

Las consecuencias sobre el complejo de los hechos geográficos son múltiples y más o menos directas. Así, tenemos la pobreza extraordinaria de la vegetación, sumamente rala y con acentuadas manifestaciones xerófilas, evidenciadas, por ejemplo, en los cardones con "huahua" y sin "huahua", en la hispida amara y en los churquis de horridas espinas.

Pero, un examen del asunto nos hace repetir aquello de que no hay mal que para bien no venga; en efecto, tal clima desértico ofrece algo compensatorio, pues, lo que quita con una mano, lo

(1) *Miguel Angel Vergara*, Estudios sobre historia eclesiástica de Jujuy, 306|10, 318|25, Tucumán, 1942.

otorga con la otra, en cierta proporción. Es lo que podemos afirmar como existencia de la paradoja del clima que si, por un lado, hostiga al hombre, por otro, lo atrae, hasta convertirse en un factor favorable para el pueblo de Tilcara, como, en gradación variable, sucede en la mayor parte de la Quebrada.

Resulta que el aire luminoso y seco es contrapuesto al que reina en los valles bajos y en las inmensas llanuras tropicales y subtropicales del país, en los meses del estío caracterizados por la máxima precipitación anual. Por otra parte, recordemos que Tilcara se halla a pocos kilómetros al S del trópico y el fondo de la Quebrada es inferior un tanto a los 2.500 m. sobre el mar (con precisión: la isohipsa de los 2.460 m. pasa por la estación ferroviaria y la de los 2.470 cruza la plaza del pueblo). Tal altura es notable y, sin embargo, no es tan acentuada que exponga a cierto número de visitantes a los inconvenientes del mal de montaña, como Humahuaca y la Puna.

En conjunto, se goza de un clima seco y fresco de montaña tropical, con efectos vigorizantes para los pobladores del bajo, de modo que no es de extrañar que tal elemento constituya un atractivo de gran fuerza que, desde principios del siglo, ha venido desarrollando una corriente turística. Responden al llamado —por motivos de descanso y de salud— no sólo habitantes de los valles de Jujuy, de San Francisco y de Lerma, sino que también de la provincia de Tucumán y de la zona bonaerense, sin hablar de otras partes del país. Esta corriente turística deja huellas en la economía local, en el progreso edilicio y en el número de habitantes. En efecto, podría establecerse el régimen demográfico anual con población fluctuante estacional, cuya curva guardaría un cierto paralelismo con la del régimen térmico. A propósito, cabe expresar que, si el censo nacional de 1947 se hubiese realizado en enero, en vez de mayo, Tilcara figuraría entre las poblaciones urbanas, pues, su número de habitantes, seguramente, habría superado los 2.000.

Otra influencia climática se ejerce sobre el paisaje, por cuanto, la pobreza vegetal deja al descubierto los terrenos de los cuales puede apreciarse la composición, el color y las formas de detalle, además de permitir que la acción meteórica y las lluvias torrenciales efectúen su obra de gliptogénesis o esculpido. Precisamente, a la par del clima, otros elementos naturales ejercen atracción: son los componentes del paisaje que satisfacen la vista y, asimismo, la variedad topográfica que facilita una serie de excursiones de todo orden, inclusive ascensiones peligrosas.

El plan del presente escrito no permite formular un análisis bien pormenorizado de todos los hechos geográficos. Debemos reducirnos a expresar simplemente que los visitantes de Tilcara encontrarán un ambiente propicio para observaciones científicas sistemáticas y saltuarias o tan sólo de aficionados, de puros amantes:

de la naturaleza, en: geología, petrografía, morfología, clima, fitogeografía.

A ese complejo y magnífico cuadro natural debe añadirse la serie de características humanas, con manifestaciones que llamaríamos fósiles y otras vivientes. Las primeras responden a los restos de los antiguos habitantes con numerosos yacimientos (pucaraes y otras expresiones) cuya investigación constituye un capítulo importantísimo de la arqueología argentina. Mencionemos fugazmente: el Pucará, Huichaira, Hornillos, Alfarcito, La Isla, Juella, Perehel, La Huerta, etc. Las manifestaciones vivientes están dadas por los habitantes actuales de acentuada supervivencia aborigen y se pueden captar en peculiaridades somáticas y en toda una serie de costumbres con traducción material o de otro orden, de incumbencia geográfica o de otras disciplinas, que llaman poderosamente la atención, pero que, en esta oportunidad, nos vemos obligados a dejar en el tintero, pues, aun una breve puntualización nos demandaría una extensión excesiva.

En conjunto, tanto desde el punto de vista fisiogeográfico como del antropogeográfico, Tilcara y el ambiente quebradeño de su contorno constituyen un mundo característico, pintoresco, atrayente, que, por diferenciación acentuada, cuando no por antítesis sobre tantos ambientes del país, es como un filtro que cautiva y deja recuerdos imborrables. Esto, en concordancia con la vida puramente local, es decir, la que no responde al turismo, hace de Tilcara, pese al reducido número de habitantes, una población de amplio y justificado renombre.

• • •

CARTOGRAFIA

A continuación puntualizamos una serie de mapas cuya consulta es utilísima para el conocimiento de los caracteres geográficos de Tilcara y de las partes de la Quebrada que se le vinculan.

República Argentina, Ministerio de Agricultura, Dirección General de Minas, Geología e Hidrología, Mapa de la Quebrada de Humahuaca (provincia de Jujuy). Levantamiento estereofotogramétrico efectuado en el año 1915, por Federico Graef y Roberto Pusch, construido y dibujado en el año 1916 por Roberto Pusch. Triangulación 1915 por Curt Pfeifer. Escala 1: 50.000.

M. O. P. Dirección General de Irrigación, Línea de alta tensión. Tilcara - Maimará, Jujuy. Planimetría. Escala 1: 10.000.

Dirección del Registro de la Propiedad Raíz, Catastro urbano de Tilcara. Levantado por L. Freije (h.) y L. Posse. Jujuy, 31 de mayo de 1937. Escala 1: 1.000.

Ejército Argentino, Instituto Geográfico Militar, Carta provisional de la República Argentina. Escala 1: 500.000. Hoja 10. La Quiaca. Compilada en el año 1932. Corregida en el año 1943. Edición 1943.

Instituto Geográfico Militar, Carta topográfica de la República Argentina. Escala 1: 50.000. Equidistancia 25 metros. Plancheta 2366-29-1: Huacalera. Levantada en el año 1936. Plancheta 2366-29-3: Tilcara. Levantada en el año 1935. Plancheta 2366-35-1: Purmamarca. Levantada en los años 1934-35. Plancheta 2366-35-3: Tumbaya. Levantada en los años 1934-35.

Buenos Aires, 1º de agosto de 1956.

ROMUALDO ARDISSONE.



LA VEGETACION DE TILCARA

por ANGEL LULIO CABRERA

La región de Tilcara se halla situada en la Provincia Fitogeográfica Prepuneña, perteneciente al Dominio Chaqueño. Este Dominio se caracteriza por la abundancia de Leguminosas-Mimosoideas, principalmente de los géneros *Prosopis* y *Acacia*, Leguminosas-Caesalpinoideas, como *Caesalpinia* y *Cercidium*, Zigofiláceas, como *Larrea*, *Bulnesia*, etc., Anacardiáceas de los géneros *Schinus*, *Schinopsis* y *Lithraea*, Bromeliáceas, Cactáceas, etc.

Dentro del Dominio Chaqueño, la Provincia Prepuneña se extiende por las laderas y quebradas del noroeste de la Argentina, desde Jujuy a La Rioja. En Jujuy y Salta suele hallarse entre los 2.000 y los 3.300 metros de altura, entre las selvas del Dominio Subtropical, y las estepas del Dominio Andino. Un buen ejemplo de esta Provincia Fitogeográfica lo constituye la vegetación de Tilcara. Pueden diferenciarse en esta región varias comunidades vegetales diferentes.

La comunidad climax, que cubre las laderas de los cerros y las terrazas secas, es una estepa arbustiva con dominantes de medio metro a un metro de altura y hierbas pigmeas dispersas entre los arbustos. Predominan una compuesta de hojas barnizadas: *Gochnatia glutinosa* (muna-muna), una leguminosa áfila de gruesas ramas verdes y flores amarillas muy abundantes: *Cassia erassiramea* (sumalahua), dos Solanáceas del género *Lycium*, y otras dos especies de Compuestas: *Aphyllocladus spartioides* y *Psila boliviensis*. Además son frecuentes el cardón: *Trichocereus pasacana*, con flores blancas y frutos comestibles, varias otras especies de Cactáceas de los géneros *Opuntia*, *Lovibia*, etc., *Caesalpinia trichocarpa*, *Justicia pauciflora*, y muchas otras especies arbustivas. Entre las plantas herbáceas hay varios pastos, como *Diplachne dubia*, *Aristida adscensionis*, *Stipa gracilis*, *Digitaria californica*, *Pappophorum caespitosum* y otros. Más raras son *Proustia pungens* (charcoma), compuesta espinosa de flores blancas fragantes, *Cercidium andicola* y *Ademia inflexa* (añagua).

En los conos de deyección suele hacerse muy abundante el cardón, llegando a formar verdaderos bosques o cardonales.

En cambio, cuando el suelo es muy rocoso aparecen diversas Bromeliáceas de hojas ensiformes provistas de fortísimas espinas: especies de los géneros *Puya*, *Dyckia*, y *Deuterocohnia*.

En general la composición de la comunidad climax es muy variada, predominando a veces una o dos especies solamente, o bien presentándose seis o siete especies con la misma abundancia.

Las comunidades edáficas son variadas. Las más importantes son las siguientes:

Asociés de *Nicotiana glauca* (araya) y *Lycium tenuispinosum*, frecuente en las quebradas secas pero con agua a poca profundidad.

Asociés del borde de las quebradas, con dominancia de *Baccharis glutinosa* (chileca), *Schinus molle* var. *areira* (molle), *Nicotiana glauca* y *Viguiera discoidea* (suncho), acompañados por el bobo: *Tessaria absinthioides*, compuesta rizomatosa de flores violáceas, y la hermosa *Cortaderia rudijscula* (cortadera) que eleva al viento sus penachos ligeramente violados.

Asociés de los paredones de roca, formada principalmente por Bromeliáceas que constituyen apretadísimos cojines adheridos a las piedras, como *Abromeitiella abstrusa*, *Abromeitiella brevifolia*, *Tillandsia capillaris*, *Tillandsia dependens*, *Tillandsia pedicellata*, *Tillandsia hieronymi* y otras. Entre ellas se desarrollan otras plantas, como *Selaginella rupestris*, helechos como *Cheilanthes myriophylla*, *Polypodium pyenocarpum* y *Pellaea nivea*, gramíneas como *Lamprothyrus hieronymi* y muchas otras especies, como *Cotyledon peruvianum*, única especie indígena de este género cultivado comúnmente. Esta comunidad tapiza las rocas dándoles un color grisáceo muy curioso.

Asociés de *Festuca scirpifolia* en los suelos pantanosos algo salobres.

Asociés de las charcas y zanjas, con *Potamogeton*, *Heleocharis*, *Scirpus*, etc., o con comunidades casi puras de totora: *Typha latifolia*.

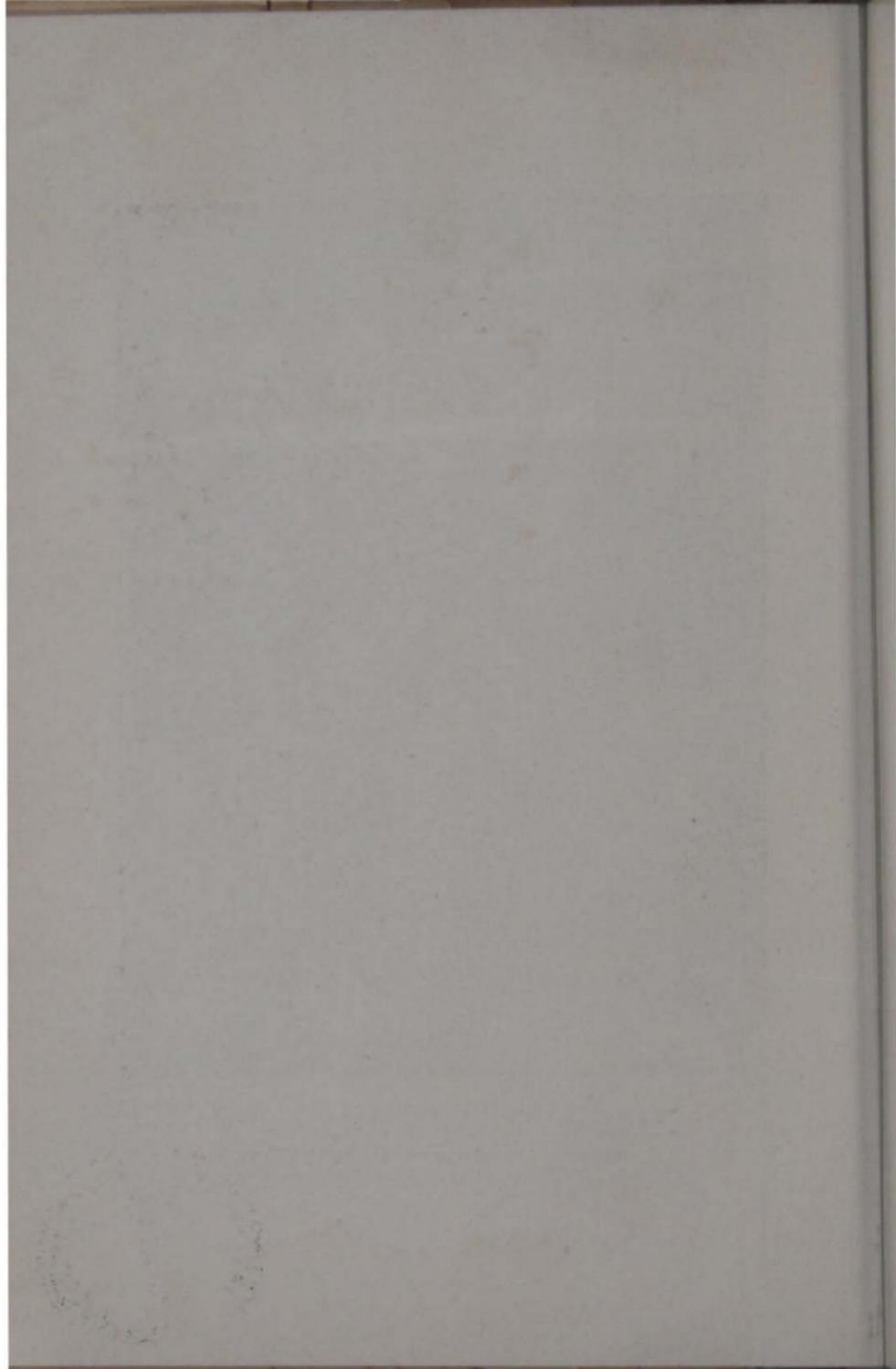
Los suelos arenosos, las dunas embrionales del cauce del río, los terrenos húmedos y otros ambientes con frecuencia inducidos por el hombre, poseen sus comunidades vegetales características, eu ya descripción exigiría un espacio mucho mayor.

Cuando se asciende por las quebradas, la vegetación cambia. A los 3.000 metros aparece el churqui: *Prosopis ferox* y más arriba la hermosa *Mutisia kurtzii*, compuesta arbustiva de grandes capítulos color naranja rojizo. El cardón desaparece y es substituído por el poco: *Trichocereus* poco de tallo simple y flores rojas. También aparece la ortiga: *Cajophora macrocarpa*, la amaicha: *Senecio pampae*, la arca: *Chenopodium graveolens* var. *bangii*, el airampu: *Opuntia soehrensii* y la muña-muña: *Satureia parviflora*. Todas estas especies constituyen comunidades de las laderas o del fondo de las quebradas altas, como transición a la vegetación del Dominio Andino, representado aquí por la Provincia Puneña.



"LA ENANA CHEPA Y SU CANTARO" — TILCARA

Museo de Luxemburgo — José Antonio Terry



EL PUCARA Y SU RESTAURACION

por EDUARDO CASANOVA

El Pucará de Tilcara es la principal reliquia arqueológica de la quebrada de Humahuaca en la provincia de Jujuy y su restauración, aunque sólo realizada parcialmente, lo ha convertido en el yacimiento prehistórico más interesante de todo el país. Orgullo de los vecinos que lo visitan frecuentemente, lo mismo que de sus hijos a quienes los maestros llevan en excursiones de estudio, el Pucará es la meta de los numerosos visitantes que durante todo el año llegan a Tilcara en busca de las ventajas de su clima ideal y de su ambiente propicio tanto al descanso como a la meditación y el estudio.

Pukara es un término kichua, más usado en la Argentina bajo la forma pucará, que equivale a fortaleza y se utiliza para designar los pueblos que los indígenas construyeron en lugares elevados y cuyas condiciones topográficas constituían eficaces defensas naturales, que eran luego acrecentadas por el trabajo del hombre.

Al salir de Tilcara rumbo al sur, por la parte que se llama Pueblo Nuevo, se encuentra un amplio camino que cruza el pedregoso cauce del Guasamayo, bordea el faldeo norte del Pucará y asegiendo hasta su cima. Por esta ruta de cómodo tránsito para automotores, salvo en las contadas ocasiones en que crece el Guasamayo, el recorrido es apenas de un par de kilómetros.

El Pucará ocupa una colina de setenta metros de elevación máxima y una superficie de diez y seis hectáreas. La topografía es muy accidentada, con terrazas escalonadas, pequeños morros y laderas acantiladas en el oeste, sobre el río Grande, cuyas erecciones estivales provocan desmoronamientos. En el extremo noreste la pendiente es suave, por allí penetra el camino de automóviles y fué también la principal entrada de la fortaleza en las épocas de su esplendor. El resto del perímetro presenta ásperas cuestas que descienden hasta el Guasamayo por el norte y a una estrecha y fértil zona llana en el este y sur.

Desde la cima del Pucará se domina un hermoso paisaje y se valora su posición estratégica. Hacia el norte el campo visual es amplísimo y llega hasta el angosto del Perchel y el pucará del mismo nombre con el que era fácil cambiar señales de humo y fuego; al sur se adivina Maimará tras un recodo de la quebrada y en los días muy claros aparecen en el límite del horizonte



dera, piedra, el hueso y los metales está comprobada por los millares de piezas que se han sacado de los ajuares fúnebres y que hoy se exhiben en muchos museos, en especial en el Etnográfico de la Facultad de Filosofías y Letras. Hay allí vasos de las más variadas formas: de uso común y ceremonial, unos pocos con decoración incisa, la mayoría con motivos pintados en negro, rojo y blanco, no faltando los modelados que representan animales o al hombre. En madera aparecen preciosas "tabletas de ofrendas" con tallados zoo y antropomorfos de extraordinario valor artístico, flautas de Pan y husos con sus torteros que nos hablan de una importante industria textil. En piedra hay morteros, puntas de flecha, recipientes, martillos y mazas; en hueso: punzones, agujas y topos; el metal no fué muy abundante pero además de los adornos ya mencionados hicieron muchos instrumentos, tales como tumis o cuchillos, bachas y escoplos.

Los tilcaras formaron una tribu cuyo territorio exacto es difícil de fijar, ya que los restos arqueológicos son muy homogéneos en toda la quebrada; por el norte limitaron con la tribu principal del conjunto, la de los Humahuacas y por el sur con los Purumamaracas que en el momento de la conquista española eran muy poderosos. Además de los enemigos externos que venían del norte o del este y sur con el objeto de atacar a todos los habitantes de la quebrada, que en estos casos se confederaban para la resistencia, los tilcaras debieron guerrear también con sus propios vecinos y hermanos de raza y cultura. Al frente de la tribu había un cacique, jefe de guerra que llevaba a sus hombres al ataque sorpresivo del adversario o los reunía al amparo de las defensas naturales y de las murallas de los pucarás para resistir al invasor. Sus armas principales fueron el arco y la flecha. Usaron como trofeos de guerra, por el valor mágico que les atribuían, los cráneos de sus enemigos que llevaban en lo alto de una pica o colgados de una soga.

De su religión poco sabemos, salvo que eran idólatras, tenían adoratorios en lo alto de los montes y lugares de ceremonias en sus propios pueblos. El culto de los muertos tuvo siempre gran importancia y los cadáveres eran enterrados con un ajuar fúnebre que revelaba la categoría del muerto. Los personajes de mayor importancia eran depositados en sepulcros de piedra situados en los patios de sus viviendas y acompañados de numerosos objetos que habían utilizado en esta vida y podían necesitar en el más allá; los más pobres eran inhumados en simples fosos y con sólo uno o dos vasitos de barro cocido. En algunos pueblos hay verdaderos cementerios con centenares de sepulcros y sepulturas.

Los orígenes de esta cultura indígena se remontan a varios siglos antes del descubrimiento de América y en su desarrollo se vinculó con otras limítrofes o más alejadas; así en el Pucará de Tilcara se han hallado tembetás de procedencia chaqueña, cerámica

santamariana de los valles calchaquíes, vasos aríbalos y platos con asas figurando cabezas de pato que muestran el contacto con los Incas. En el siglo XVI se produce la conquista española; las primeras huestes al mando de Almagro y con tropas auxiliares dadas por el Inca son enérgicamente resistidas por los pobladores de la quebrada y el caudillo español debe optar por desviar su rumbo y seguir por el altiplano. Expediciones posteriores atravesaron el país pero no sin luchas sangrientas hasta que la fundación de San Salvador de Jujuy por Francisco de Argañaraz en 1593 les dió a los blancos la base necesaria de operaciones para dominar a tan terribles enemigos. Luego del frustrado alzamiento del valiente Piltipico, jefe de los Purumamarcas que encabezaba una coalición de todas las tribus, las últimas resistencias fueron vencidas y los indígenas obligados a abandonar sus pueblos, y especialmente sus pucarás, para ir a servir a los blancos mediante el sistema de encomiendas.

Durante más de trescientos años el Pucará de Tilcara quedó desierto e ignorado, aunque a través de la vegetación de plantas espinosas, entre las que sobresalían los magníficos cardones, pircas derruidas, pedazos de cántaros, puntas de flechas y aún huesos humanos clamaban contra el olvido. Sólo a partir de 1908 por las investigaciones de Ambrosetti y Debenedetti fué descorriéndose el velo que cubría el misterio y poco después nació la idea de restaurar el Pucará. En su obra publicada en 1930, dice Debenedetti que, mientras efectuaba excavaciones, durante la expedición de 1910, al apreciar el inteligente esfuerzo que habían realizado los viejos habitantes "surgió en nosotros, de improviso, la idea de restaurar las ruinas de la antigua población, al menos en aquella zona. Quedó convenido, entonces, con el doctor Ambrosetti su inmediata realización. Era la primera vez en nuestro país que iba a procederse a la restauración parcial de una ruina".

En ese verano de 1910, con numerosos peones, Debenedetti levantó, hasta una altura de poco más de un metro, gran parte de las pircas en un sector de 2.000 m. situado a la entrada del Pucará. Desde entonces luchó, sin éxito, para obtener los recursos que le permitieran afrontar la magna obra de la restauración arquitectónica completa. En 1930 pareció que podría continuar sus tareas pero su fallecimiento, ocurrido en octubre de ese año, truncó tales esperanzas.

Casi veinte años más tarde, el autor de este artículo al ocupar la cátedra que ilustrara el doctor Debenedetti consideró que la mejor manera de honrar la memoria de quien fuera su exímio maestro era hacer revivir sus proyectos. La suerte acompañó la tentativa, las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras la hicieron suya y con el decidido apoyo de la Universidad de Buenos Aires y del Gobierno de Jujuy así como con la colaboración del Ministerio de

Ejército cumplidas una serie de gestiones previas, la restauración se inició en 1950. Desde entonces y hasta fines de 1955 tuvimos la satisfacción de dirigir, con carácter honorario, todas las obras que se han llevado a cabo en Pucará.

Los trabajos preliminares fueron: recorrida de las ruinas, identificándose los grupos principales de construcciones y la red de caminos, parte de los cuales quedaron despejados de su manto de penca para hacerlos transitables.

Controlados sobre el terreno los planos y croquis de que se disponía, surgió la conveniencia de tener un relevamiento exacto de la zona y uno general de las ruinas. El Instituto Geográfico Militar efectuó la primera tarea cuyo resultado fué una plancheta a escala 1: 5,000, con equidistancia de 5m., que abarca el Pucará y el actual pueblo de Tilcara. El Ministerio de Industria y Comercio, por encargo de la Facultad, destacó al topógrafo don José Luis Alegría que, en tres meses de intenso trabajo, levantó el plano general del Pucará y de su red de caminos, así como el de una parte de las ruinas. Posteriormente se convino con el citado Ministerio que se completaría este último plano, pero hasta la fecha no se ha llevado a cabo. El trabajo del señor Alegría nos resultó sumamente útil y sólo ha sido necesario agregar detalles que no podían ser apreciados sin la previa remoción de escombros o excavaciones que han puesto al descubierto cimientos de pirca.

En posesión de estos elementos y después de estudios en el terreno resolvimos el plan a seguir en la restauración. Lo más lógico hubiera sido iniciar el trabajo por un extremo del yacimiento e ir avanzando paulatinamente, pero considerando la posibilidad, que los hechos han confirmado, de que por falta de recursos se adelantara muy lentamente en la reconstrucción, decidimos trabajar en distintas zonas y procurar tener, a la brevedad posible, restaurados parte de los elementos más característicos del Pucará. La ventaja de este procedimiento radica en que así es fácil apreciar, casi desde el primer momento, lo que será la obra una vez terminada.

Al describir los trabajos efectuados lo haremos tratando cada uno de los elementos constitutivos del viejo pueblo indígena en el siguiente orden: caminos, corrales, sepuleros y viviendas. Finalmente, como complemento de las reconstrucciones veremos las primeras tentativas para dotar al Pucará de representaciones escultóricas que contribuirán a dar hálito de vida al antiguo redueto de los humahuacas.

CAMINOS. — En su época de esplendor el Pucará estaba servido por una extensa red de caminos. La caída de las pirca las tapó parcialmente y luego la vegetación espinosa los fué cubriendo. No obstante estos factores, cuando se iniciaron las excavaciones en 1908 se podía observar bastante bien las líneas generales de las grandes arterias. En 1930, Debenedetti publicó en su obra "Las

ruinas del Pucará" una parte de estos caminos según un somero relevamiento, en cuya tarea participamos, realizado el año anterior. El plano cuidadoso, con previa colocación sistemática de mojones, que hiciera el señor Alegría confirmó en sus grandes rasgos el anterior pero agregó secciones que no habían sido vistas en 1929. De todas maneras sólo figuran en ambos relevamientos los caminos principales; a ellos hay que añadir los secundarios que sirven grupos de viviendas y los pequeños senderos que llevan a una sola casa. En total se han restaurado unos 3.500 m. de caminos, correspondiendo la mayor longitud a los principales, cuyo ancho más común es de 1 a 2 m.

CORRALES. — Las llamas tuvieron capital importancia para el indígena, no es extraño, por lo tanto, que cuando se veían obligados a refugiarse en sus pueblos fortificados las llevaran consigo.

En el faldeo sudoeste del Pucará, en una zona semi-llana ubicada a escasa altura sobre el río Grande, se encontraban los corrales. El lugar elegido es muy bueno y si los habitantes podían defender la pequeña zona de acceso al río la subsistencia de sus animales estaba asegurada. El señor Alegría levantó el plano de nueve corrales y, posteriormente, nosotros localizamos un décimo, no siendo improbable que existan algunos más.

Al iniciarse los trabajos, una parte de los muros estaban, aparentemente, bastante bien conservados y alcanzaban a 0,60 o 0,80 m. de altura, pero en realidad las piedras apenas se sostenían y para elevar la pirea a su primitivo nivel fué necesario "desatar" las piedras, como decían los peones, y empezar la pared casi desde los cimientos. Se trata de anchos muros de alrededor de 1. m. y la altura mínima que se les ha dado es de 1,20 a contar desde el piso, denunciado por la capa de guano que lo cubría, para calcular la altura se ha tenido en cuenta las piedras caídas que había en los mismos corrales.

En esta zona todos los corrales son, más o menos, rectangulares y de grandes dimensiones. Algunos se comunican entre sí, pero la mayoría tienen salida a senderos que afluyen al camino que baja al río Grande. Las puertas son estrechas, menos de un metro, y fueron cerradas con tranqueras de madera de algarrobo o de churqui, restos de ellas han sido halladas en las excavaciones. En dos casos se encontraron entradas con escalón para salvar, más fácilmente, el desnivel entre el piso de los corrales y el camino que les sirve.

Debe señalarse también la existencia de corrales pequeños entre los núcleos de habitaciones, destinados seguramente a encerrar, transitoriamente, los animales que fueran ocupados en esa zona. Uno de este tipo ha sido totalmente restaurado en el faldeo oriental del Pucará y se caracteriza por su forma irregular impuesta por el espacio disponible entre las casas.

Los once corrales restaurados hasta la fecha ocupan una superficie de 900 m²., sus pircas miden 740 m. de largo y representan, aproximadamente, 950 m³. de piedras. Teniendo en cuenta que se trata de recintos para ser ocupados sólo de noche y donde, como todavía se hace hoy, se aprovechaba todo lo posible el terreno, introduciendo gran cantidad de bestias, se puede calcular que los corrales, en su conjunto, tuvieron capacidad para muchos cientos de animales.

SEPULCROS. — En el faldeo oriental del Pucará se encuentra un cementerio, el cual fué explorado por Ambrosetti y Debenedetti en cuyos planos figura con el nombre de Necrópolis. Ocupa una de las zonas más densamente pobladas de "pencas" y el despejar la superficie de las espinosas plantas no fué pequeña tarea. A poca profundidad aparecieron los brocales de los sepuleros, generalmente con parte de sus paredes desmoronadas, semi llenos de tierra y sin tapas, ya que las lajas escogidas que los cubrieron fueron llevadas, hace mucho tiempo, por pobladores modernos para emplearlas en sus construcciones o para servir de piedras de moler.

En total se restauraron cien sepuleros, de formas variadas pero con predominio de la circular; las dimensiones no son uniformes y van de los 0.70 m. de diámetro y 0.80 m. de profundidad, destinados a un solo individuo, hasta casi 2 m. de diámetro y 1.80 m. de profundidad que fueron sepuleros colectivos. Algunas de estas construcciones apenas tienen dos o tres hiladas de piedras, en otras el muro llega hasta el fondo. La mayor parte de los sepuleros reconstruídos fueron dejados sin tapa para que puedan apreciarse los detalles de su construcción que ofrecen variantes en cuanto al tamaño de las piedras empleadas y a la mayor o menor perfección con que se hizo la pircá. En varios casos los sepuleros se cubrieron totalmente con lajas para dar la impresión de cómo se presentaban antes de abrirlos.

Uno de nuestros desinteresados colaboradores, el señor Pablo G. Haedo, preparó, de acuerdo a nuestras instrucciones, tres paquetes fúnebres, representando el cuerpo del muerto envuelto en mantas y ponchos sujetos por cuerdas ajustadas con tarabitas de madera. Luego sacó calcos, en cemento coloreado, de piezas encontradas en el Pucará; vasos de cerámica, cuchillones de madera, palas y azadones de piedra, etc. Los paquetes fúnebres y las piezas que formaban su ajuar fueron colocados en sepuleros reconstruídos. Visitantes mal intencionados deterioraron estos elementos, lo que obligó a retirarlos y reservar su exposición hasta que se cuente con personal suficiente para la vigilancia apropiada.

En parte de las viviendas restauradas se hallaron también sepuleros por lo común más grandes que los de la Necrópolis y que, según los datos de Ambrosetti y Debenedetti, contenían ajuares más abundantes y de mejor calidad. Igualmente en patios y recin-

tos techados aparecen construcciones similares pero que sobresalen del nivel del piso; más adelante tendremos oportunidad de referirnos a ellas.

VIVIENDAS. — Bajo este nombre presentaremos al núcleo más importante y numeroso de las construcciones que los indígenas levantaron en el Pucará. Debemos hacer la salvedad de que si bien la técnica empleada es la misma en todas, el valor funcional puede ser distinto y no siempre deben haber sido viviendas en el sentido estricto, sino que también ha habido templos, edificios públicos, lugares de reuniones, etc. Es posible que cuando la restauración haya terminado surja claramente el significado de cada elemento, por lo cual el que momentáneamente le adjudicamos puede ser modificado de acuerdo a las investigaciones posteriores.

El total de recintos existentes en el Pucará debe ser calculado en unos 400, de los cuales se tienen los planos de la cuarta parte y se han restaurado totalmente: techados 30 y sin techar 34, agrupados en 25 conjuntos a los que denominamos unidades de vivienda. Nueve corresponden al sector de la entrada al Pucará, quince circundan el Monumento a los arqueólogos Juan B. Ambrosetti y Salvador Debenedetti y uno se halla en el centro del pueblo.

El aspecto de este tipo de ruinas era caótico, pocas pircaas se habían mantenido en pie, llegando excepcionalmente, hasta más de dos metros de altura, de otras sólo afloraban los cimientos; en casi todos lados las piedras caídas formaban montones que desdibujaban las líneas primitivas de las construcciones y la abundante vegetación xerófila las sumergía. Limpiada la superficie se procedió a dejar al descubierto los cimientos y entonces tuvimos algunas sorpresas, ya que lo que se creía un muro continuo estaba interrumpido por una puerta o una escalinata, igualmente paredes que no eran visibles en la superficie aparecieron en las excavaciones y donde sólo veíamos un patio o canchón existió también un dormitorio o una construcción accesoria.

Las gentes de la zona, que han sido ocupadas en la restauración, son hábiles "pircaadores" y su pericia ha contribuido mucho al éxito de los trabajos. La pirca está integrada por cantos rodados o, a veces, por piedras canteadas, colocadas unas encima de otras sin mezcla de unión, por lo cual se requiere mucha maestría para formar muros sólidos, lo que se consigue mediante la acertada elección de las piedras y un buen ajuste que las mantenga en su lugar en razón de su propio peso y de la trabazón que se establece entre ellas.

En general, los cimientos hechos con piedras grandes, han podido ser utilizados y sobre ellos se han ido levantando las paredes respetando el ancho original; la altura que se les ha dado es un tanto convencional, basada en las paredes más altas que se han en-

contrado y en observaciones realizadas en otros yacimientos. Debe dejarse constancia de que en la parte occidental del Pucará los muros son más fuertes que los primitivos. No ha podido evitarse esta alteración porque la trepidación de los pesados trenes de carga, que pasan a corta distancia, nos derrumbó las primeras casas que hicimos allí; los indígenas que no tenían el problema del ferrocarril pudieron hacer sus pircas menos anchas y con piedras menores.

Los recintos techados tienen, casi siempre, una sola puerta, pero ya se han restaurado varios con dos puertas cada uno. Los vanos están formados con piedras escogidas y canteadas; los dinteles son grandes lajas. Nunca hay ventanas. Son frecuentes las gradas de piedra para salvar desniveles entre recintos techados y patios o entre éstos y los caminos de acceso.

Los techos, a una sola agua, tienen como vigas rollizos o tablas muy resistentes de cardón. El obtener estos rollizos largos es uno de los mayores problemas, ya que en los alrededores han desaparecido y hay que conseguirlos en pleno cerro, muy lejos del Pucará, lo que significa un costo muy elevado. Sobre estas vigas se disponen, perpendicularmente, tablas de la misma madera que sirven de sostén al techo propiamente dicho. Encima se colocan cañas atadas con hilo de lana de llama, que se prepara especialmente, porque ahora no se usa y en las casas humildes que se construyen a la antigua lo han substituido por piolín. El cañizo se cubre con la "torta", mezcla de barro y paja que forma una capa impermeable; cada techo lleva dos tortas superpuestas y su duración es de varios años, al cabo de los cuales hay que tortear de nuevo.

La descripción detallada e individual de cada una de las unidades sería tarea impropia de esta publicación; a título de ejemplos presentaremos cuatro construcciones que llevan en nuestros planos los números I, XVIII, XVII y XXI, dicha numeración indica el orden en que fueron restaurados.

NUMERO I. — Situada en el sector del faldeo oriental del Pucará, en la zona de entrada al mismo y frente al camino para automóviles que conduce al Monumento a los Arqueólogos Ambrosetti y Debenedetti. Esta casa corresponde al tipo más simple y común de los restaurados hasta ahora. La construcción consta de dos partes: el dormitorio y un canchón o patio.

El primero, de forma rectangular, mide 6.30 x 1.90 m. y tiene una entrada de 0.60 m. de ancho por 1.50 m. de altura; la puerta se ha hecho con tablas de madera de cardón unidas por tiestos de cuero de llama. En la parte opuesta a la puerta hay un nicho de 40 x 35 x 20 cm. y el oeste del dormitorio, en una extensión de 1.30 m. se encuentra ocupado por un "poyo" formado por una pirca de 0.60 m. de altura que sostiene la tierra, este "poyo" hacía las veces de cama, encima se colocaban los cueros y mantas y allí se echaban a dormir los indígenas. Todavía hoy en día está en

nso el sistema en ranchos apartados de la Puna. La altura máxima del dormitorio es de 2.50 m. y la mínima de 1.80 m.

El patio es, también aproximadamente rectangular con un eje mayor de 6 m. y un ancho de 4.50 m. Por el sur lo encuadra el dormitorio, con la puerta ya mencionada; al este y norte una pircá de 1.30 m. a 1.50 m. de altura, la cual presenta la puerta de acceso que da sobre una antigua senda, hoy desaparecida por los trabajos de construcción del camino de automóviles. El muro del oeste es el más interesante porque forma una gradería con dos escalones que ha debido ser utilizada para sentarse y para colocar cosas. El piso del patio tiene dos niveles, la mitad occidental coincide con el de la senda exterior y con el de la puerta del dormitorio; la parte oriental se halla 55 cm. más baja y hay un muro de contención y un escalón para facilitar la bajada. En esta segunda parte del canchón se encuentra un magnífico sepulcro redondo de 1.10 m. de diámetro y otro tanto de profundidad que también ha sido restaurado.

NUMERO XVIII. — Situada en el mismo sector de la anterior, pero en un nivel más elevado, presenta un aspecto imponente por sus gruesos muros que dan la impresión de una gran muralla de defensa. La unidad de vivienda está compuesta de dos amplios dormitorios gemelos (10x3.50 m.), uno en cada extremo de un extenso patio al que se comunican por una sola puerta. El canchón mide 20x10 m. Su pircá este tiene una segunda pared baja que le sirve de contención sobre el camino, de más de 1 m. de ancho, que dá toda la vuelta para tener acceso al patio por la parte del oeste y mediante una escalinata, de varias gradas, que salva el desnivel allí existente. Presenta esta unidad dos construcciones accesorias. La primera es una pequeña pieza adosada al dormitorio del sur y que tiene abierto el lado norte por el que se asciende a la escalinata mencionada. El segundo está ubicado en el patio contra la gruesa muralla y el nivel de su piso es más bajo; una pircá de 0.70 m. lo separa de éste y en el centro un rollizo de cardón ayuda a sostener el techo. La impresión que dan estas construcciones es la de una casa de personaje que pudo, a la vez, servir de lugar de defensa si las murallas exteriores eran superadas por el enemigo.

NUMERO XVII. — En el sector del Monumento las viviendas se encuentran densamente agrupadas y en general, seguramente por esta circunstancia, se comunican unas con otras a través de los canchones y sólo algunos de ellos dan a los senderos.

La unidad que lleva el número XVII es de las más interesantes. Consta de un dormitorio de 8x4 m. en sus dimensiones máximas, con una de sus paredes un tanto redondeada y con amplia puerta, la más ancha de las encontradas hasta ahora, a un patio casi cuadrado de 8x7 m. Luego hay un segundo patio al cual da también el de la casa XV, que se comunica con uno de 15 m. de

largo y por el que se puede pasar a la casa XVI. Este patio mayor presenta dos niveles y un pasadizo que conduce a la senda de acceso. En el ángulo noreste del patio se restauró un singular recinto; se trata de un sepulcro de forma irregular que ofrece la particularidad de que se encuentra sobre el nivel del suelo y que estaba tapado con grandes lajas. Las paredes vecinas, al desmoronarse, lo habían cubierto de piedras y por ello pasó desapercibido, tanto a las expediciones del Museo Etnográfico como a los muchos excavadores clandestinos que han operado entre 1910 y 1950. En el fondo de la construcción, casi contra el ángulo de la muralla, hallamos un cráneo trofeo que se podía apreciar había sido colocado allí con todo cuidado. A su alrededor se veían fragmentos de vasos de barro cocido y de objetos de madera, siendo la única pieza completa una tarabita de este último material. El hallazgo hace pensar que los cráneos trofeos sólo debieron ser usados al ir a la guerra o en determinadas ceremonias, guardándolos el resto del tiempo en estos sepulcros especiales. Los materiales encontrados indicarían que se les rendía culto o que por lo menos, periódicamente, se depositaban ante ellos ofrendas. Los cráneos trofeo fueron llevados por los indígenas en lo alto de una pieza de madera o colgados con una soga; la presencia de la tarabita significa que el procedimiento empleado en este caso fué el segundo.

Cabe advertir que esta zona del sur del Monumento parece haber sido menos explotada que la del faldeo oriental y por ello, durante los trabajos de restauración, se ha descubierto un cierto número de piezas arqueológicas, entre las que merecen citarse: grandes cántaros de barro cocido de los utilizados para guardar agua y maíz; pequeñas vasijas del mismo material, con y sin decoración pintada; una campanilla, muy pequeña, de oro; punzones de cobre, en perfectas condiciones de conservación; valvas de moluscos del Pacífico; objetos de hueso y una gran cantidad de pedazos de mármol, que muestran todo el proceso de manufactura de piezas para collar, desde el bloque sin trabajar hasta las cuentas pulidas y con su correspondiente orificio.

NUMERO XXI. — El más importante de los edificios reconstruidos es el conocido por la "Iglesia". Esta denominación era ya corriente en 1908 y como tal fué indicada a Ambrosetti. Seguramente la existencia de pircas con aspecto de altar o alguna vieja tradición han originado el nombre. Estos recintos fueron los primeros excavados por la expedición del Museo Etnográfico y en la obra de Debenedetti "Las ruinas del Pucará", figura una detallada descripción, planos y fotografías.

Se encuentra situada en el centro del Pucará y se llega a ella por un camino principal que conduce a la salida de la fortaleza. En la campaña de 1908 no se pudo ubicar la entrada de este grupo de edificios, pero durante los trabajos de remoción de 1954 fué des-

cubierta una escalera de cuatro gradas que establecía la comunicación con el patio principal de formas algo irregulares y de unos 150 m². de superficie; paredes bajas, inferiores a un metro, lo rodean, salvo en dos pequeños sectores; el que limita unos de los recintos techados y otro al frente. A este gran patio "de reuniones", como lo califica Debenetti, confluyen, por sendas puertas dos recintos de muy distinta categoría. El primero es un corral para llamas que no había sido señalado en 1908. El segundo, que es techado, tipo dormitorio, tiene una altura de 2.90 m. en el frente, su planta es rectangular de 3.50x3.70 m. y en el ángulo sudoeste se hallaba un sepulcro que sobresalía del suelo. Una puerta en el centro de la pircá sur del gran patio lleva al recinto más interesante del grupo. Es un patio menor que el anterior pero rodeado de altas paredes de 3 m. de altura y 0.90 m. de grueso, salvo en su límite con el primer patio. Al oeste hay un gran dormitorio de 5.40x2.70 m. con una sola puerta. Desde ella arranca una vereda de piedra que termina ante la construcción considerada como altar: un muro de 1.90 de largo, 0.70 m. de ancho y 1 m. de altura, hecho con piedras escogidas y canteadas. Frente al mismo a unos cuatro metros de distancia hay otro altar menor y cuyo extremo sur toca la pared de un recinto pequeño también techado y con una puerta que se abre hacia el este. Ambos altares están orientados en dirección norte a sur, el frente principal del mayor mira al este y el del menor al oeste. La última construcción de este grupo es un sepulcro, que sobresale del suelo y que estaba tapado con lajas muy grandes. Es de señalar la existencia de un nicho de reducidas dimensiones en la gran pared del sur.

Durante las excavaciones llevadas a cabo en 1908 se encontraron materiales arqueológicos significativos, los cuales junto con las características arquitectónicas pueden servir para intentar explicar a que estaba destinado este conjunto de construcciones. Muchos de los vasos hallados eran de paredes finas, bien pulidos y decorados, es decir cerámica no utilitaria. La presencia de un vaso ápodo y dos platos con asa ornitomorfa, hablan de contactos con el imperio de los Incas y fechan así también el yacimiento. Los dos altares, uno frente al otro, pero con predominio de tamaño y categoría de la construcción anexa de uno de ellos, daría la impresión de que sirvieron para el culto de dos divinidades íntimamente ligadas pero con la supremacía de una. Por último cabe añadir que una persona colocada detrás del altar mayor puede ver la aparición del Sol surgiendo de los cerros del oriente y lo mismo ocurre con la Luna; igualmente desde el pequeño altar puede observarse la desaparición de los astros que se ocultan tras las montañas del oeste.

Los datos anotados hacen aceptar como probable que se trate de un lugar destinado a ceremonias religiosas, para honrar al Sol y la Luna; sin excluir el culto a otros ídolos como puede indicar el

hallazgo, cerca del altar mayor, de una figura de sapo hecha en barro cocido. La existencia de un corral para llamas dentro del conjunto haría suponer que allí se guardaban los animales destinados al sacrificio.

REPRESENTACIONES DE INDIGENAS. — En el folleto publicado hace cinco años titulado "Restauración del Pucará", adelantábamos la posibilidad de agregar a la reconstrucción arquitectónica, representaciones escultóricas de indígenas con sus vestidos y adornos típicos, entregados a sus faenas habituales. Considerábamos que ello tendría un gran valor educativo y que de esta manera el Pucará sería un foco de atracción no sólo para los especialistas sino también para los muchos turistas que llegan a Tilcara, así como para los alumnos de los colegios y escuelas que podrán obtener útiles conocimientos sobre las viejas civilizaciones prehispánicas en una agradable excursión a la antigua fortaleza indígena.

El cumplimiento de este propósito presenta muchos obstáculos, tanto desde el punto de vista técnico como desde el económico, dado que sería necesario disponer de abundantes recursos. Hemos iniciado la tarea, con la esperanza de que al quedar demostrado que las dificultades técnicas podían ser vencidas se arbitrarán fondos para poder realizar totalmente la obra. En primer término los especialistas de la Facultad confeccionaron un breve Memorandum conteniendo todos los datos de carácter antropológico y arqueológico que deben servir de base a los artistas para que sus esculturas reflejen fielmente el tipo racial de la región, su indumentaria y sus costumbres. En lo referente a los materiales a emplear se solicitó la colaboración del Instituto del Cemento Portland Argentino y de la Casa "Alba", a quienes agradecemos sus consejos.

En 1952 se obtuvo la desinteresada colaboración del profesor don Joaquín Luque a quien se sugirieron varios temas. El profesor Luque hizo una serie de dibujos de indígenas de ambos sexos y de llamas; luego preparó un modelo de la primera casa restaurada en Pucará y en ella dispuso las figuras escultóricas, a tamaño reducido, de un hombre cargando panes de sal sobre una llama, mientras un muchacho toca la quena, (el típico instrumento musical de los humahuacas) sentado en las gradas que forman la pirca de su casa. Más tarde el artista se trasladó a Tilcara y allí, en pleno ambiente y buscando su modelo entre las gentes del lugar, hizo, a tamaño natural, la figura del muchacho, la cual fué colocada en la vivienda restaurada. El material empleado fué cemento y, posteriormente, pintó con los colores apropiados el cutis, los cabellos, el vestido, etc. El resultado obtenido ha sido muy satisfactorio, tanto que al acercarse el visitante tiene más la impresión de que se trata de un indiecito de carne y hueso, ataviado a la usanza del siglo XV, que de una figura escultórica. No podemos menos de señalar la actitud inculta de personas que no han podido ser iden-

tificadas, que producen daños en las obras de restauración y en especial, en la que hemos descrito. Muchas veces, en tan pocos años, hemos tenido que disponer la reparación de los dedos de la mano, de las mejillas, de la quena, etc., que han sido rotos por golpes violentos capaces de dañar una figura de cemento. Es inconcebible que en nuestros tiempos se cometan tales acciones, pero ellas revelan que es necesario contar con personal para una activa vigilancia.

TRABAJOS COMPLEMENTARIOS. — La restauración del Pucará ha obligado a realizar una serie de trabajos complementarios de gran variedad. La reseña de las obras llevadas a cabo en Tilcara no estaría completa si no se enumerara siquiera los principales, muchos de los cuales han sido muy costosos y han demandado apreciable tiempo y atención. La única vía de comunicación entre la zona del Pucará y el pueblo era un rudimentario camino de poco más de dos metros de ancho con fuertes desniveles y muchas curvas que había sido hecho en 1945 para que pasara el camión que llevó la placa para ser colocada en el monumento a los arqueólogos Ambrosetti y Debenedetti. En los primeros tiempos sólo se pudo mantener transitable esta sinuosa ruta, pero en 1953 fué transformada en un buen camino para automóviles. Tiene dos kilómetros de largo y un ancho variable: en la subida hasta la cima del Pucará cuatro metros; desde el pie de la colina hasta el Guasamayo 12 metros y el resto, hasta las afueras del pueblo, 6 m. Esta última parte está sometida a la acción de las crecientes del Guasamayo que todos los veranos suele cortar temporariamente el camino haciendo indispensables las obras de reparación. Conectadas con esta ruta principal se hicieron otras tres secundarias: una a la casa habitación, otra al lugar donde se levantará el Museo y una tercera que circunda la base del Pucará en sus sectores este y sur, dividiendo la zona de ruinas de la de los cultivos.

En el sector del Monumento se hicieron varios trabajos para mejorar el acceso. A su alrededor se construyó un camino para separarlo de la zona en ruinas, hoy casi totalmente reconstruida. En el ángulo noreste se colocó un mástil de hierro de 14 m. de alto para izar la bandera patria en ese punto culminante, visible desde gran distancia. Al oeste del Monumento hasta la parte más alta del Pucará había algunos restos de construcciones indígenas pero se hallaban en tan malas condiciones que era imposible reconstruirlas. Entoncez se decidió levantar allí un basamento de piedras destinado a sostener una figura representando a un indígena que vigila el horizonte; es casi seguro que hubo en este sitio una atalaya de los antiguos habitantes. En total la construcción, que es cuadrada, tiene cuatro escalones de 0.50 m. de altura y 1. 5. 6 y 8 m. de lado. Las piedras empleadas han sido cauteadas y unidas entre sí por cemento, para diferenciar estos trabajos de los efectuados por los viejos pobladores. Dos sendas, en rápido declive llevan hasta

una explanada de 25 m. de largo y 12 m. de ancho que integra los caminos que rodean el Monumento.

Dada la necesidad de disponer de una casa que sirviera de base de operaciones, tanto de los técnicos que intervenían en la restauración del Pucará como de los que realizaban estudios de carácter regional, se refeccionó una antigua construcción llamada "el Molino" convirtiéndola en una pequeña pero confortable casa habitación. Luego se levantaron dos galpones para taller y depósito y se arreglaron dos viejas casas para viviendas de los cuidadores que residen permanentemente en el Pucará. La provisión de agua y electricidad fueron problemas difíciles, especialmente el primero, que resultó muy costoso a pesar de la buena voluntad de la Dirección General de Agua y Energía.

Para terminar bastará citar: la pirca perimetral de más de 300 m. de largo; las pircas a la entrada del Pucará; la fuente instalada para el público en un lugar apropiado y rodeado de bancos de piedra; etc. En otro aspecto no debe olvidarse la atención que se ha prestado a los campos de cultivo anexos al Pucará, donde se han hecho plantaciones de frutales, álamos, eucaliptos y otras variedades forestales; además se han ampliado y mejorado los alfalfares, alambrando campos y dotándoles de acequias. En estas tareas ha participado, eficazmente, el señor Carlos Costantini.

Uno de los más interesantes proyectos concebidos para Tilcara era la construcción de un Museo Arqueológico Regional. La desinteresada colaboración del arquitecto Jorge Raúl Spika proporcionó los planos para el edificio y se hicieron laboriosas gestiones que culminaron con la inclusión de una partida en el presupuesto de la Dirección General de Arquitectura de la Nación correspondiente a 1955. A mediados de ese año se iniciaron los estudios del terreno en la zona que habíamos elegido y se hicieron los pozos de ensayo para calcular la resistencia del suelo.

En breves páginas hemos procurado sintetizar los aspectos más destacados del Pucará de Tilcara y de las obras de restauración que allí se han efectuado. Nuestra descripción sólo puede dar una desdibujada imagen de la realidad, por ello incitamos cordialmente, a todos los que puedan hacer el viaje, a conocer este Monumento de la arqueología argentina. Tenemos la seguridad de que no lamentarán haber hecho la excursión y conservarán por toda la vida el agradable recuerdo de su paso por la Quebrada de Humahuaca, llena de belleza y de sugerencias históricas.

Al finalizar este artículo no podemos dejar de formular el voto de que las obras de restauración del Pucará no queden paralizadas, sino que por el contrario se les dé el ritmo acelerado que ellas merecen para que en un día cercano nuestro país llegue a tener terminada la primera reconstrucción de un pueblo precolombiano.

RASTROS CULTURALES INCAICOS EN EL PUCARA DE TILCARA

por CIRO RENE LAFON

Las relaciones entre el último horizonte cultural del Perú y el N. O. Argentino constituyen aún un tema no agotado de la arqueología argentina que ha atraído siempre la atención de los estudiosos desde los comienzos de la investigación en ese campo del conocimiento. La exacta valoración de cada elemento patrimonial supone una tarea ímproba que insumiría largas jornadas de trabajo, de modo que las páginas que siguen deben ser interpretadas como un planteamiento general hecho en base a los elementos más fácilmente accesibles que proceden del área humahuaca y, más específicamente hablando, del Pucará de Tilcara.

Las ruinas del Pucará, venero inagotable de vestigios arqueológicos no están todavía exhaustas. Mucho falta por hacerse aún. Los trabajos de restauración en los que hemos intervenido personalmente desde sus comienzos han puesto de manifiesto cuanto nos reserva el viejo sitio. El estudio cuidadoso de los pisos de las viviendas y la casi segura superposición de estructuras en algunos casos nos da la pauta de las sorpresas que permanecen escondidas en su seno.

Descansan en las estanterías y depósito de nuestro Museo miles de piezas de ese origen que no han sido estudiadas todavía sino fragmentariamente. Otro tanto ocurre con otra cantidad semejante que procede de otros yacimientos, pese a lo cual tenemos ya una idea bastante acabada de cuál ha sido la integración del patrimonio cultural de los humahuacas, logrado casi exclusivamente en base a las investigaciones arqueológicas. (C. F. Casanova, 1930 y 1950).

Uno de los aspectos que más ha interesado al especialista y, por qué no decirlo, a todos aquellos que sienten curiosidad por conocer la vida y costumbres de los viejos habitantes de la Quebrada es el que se refiere a sus relaciones con los Incas. A arrojar un poco de luz sobre esta cuestión nos disponemos con el análisis que figura a continuación.

Desde el punto de vista arquitectónico hay ciertos detalles que el relevamiento efectuado con motivo de la Restauración ha puesto en evidencia. En primer lugar, el característico "canchón" al que dan la habitación en número variable, como ocurre en el sector de

viviendas cercanas al camino de acceso sugiere una semejanza con la edificación incaica de la época imperial ¿no acude acaso a nuestra mente inmediatamente la imagen del "cancha" de los Incas con su serie de habitaciones que lo flanquean? Proceso similar puede observarse en la edificación levantada en niveles sucesivos, comunicados entre sí por anchos y bien construidos caminos de acceso que proporcionan unidad a los grupos de viviendas. (Cf. Nordenskiöld 1915).

La ponderación minuciosa de los hallazgos dados a conocer por Debenedetti en 1930 permiten reconocer otros rasgos de rancio sabor incaico: La construcción que ha sido dada en llamar "la iglesia", la presencia de nichos en sus paredes y la cerámica allí exhibida. A ello debe agregarse la existencia de aberturas o troneras en las paredes, el uso de argamasa en los sepulcros y en los muros de contención de ciertos caminos que luego fueron rellenados con piedras.

La alfarería, no por conocida, ha dejado de proporcionar también algunas sorpresas. Como consecuencia de un cuidadoso análisis estilístico es posible diagnosticar un estilo inca de carácter local que no hemos titubeado en denominar Humahuaca-Inca en un trabajo reciente aún inédito. En esa entidad artística se unen las dos corrientes tradicionales aglutinadas de tal manera que constituyen una verdadera nueva personalidad. Los elementos básicos en ella combinados son motivos decorativos típicamente humahuacas y formas incaicas o incaizantes.

Algunos otros objetos manufacturados con otros materiales permiten también suponer analogías del mismo carácter. Tal el caso de las mazas de piedra estrelladas, "illas", que representan llamas, vasos de metal repujados con motivos antropomorfos, keros de madera, llamas de madera talladas, etc. Digno de especial mención es el hallazgo muy frecuente de valvas de moluscos que integran los ajuares mortuorios, pues se trata de un objeto muy apreciado por los Incas en las mismas circunstancias. Otros aspectos técnicos, como el tallado del hueso o el sistema de picado, por sí solos no tienen carácter probatorio, pero merecen ser tenidos en cuenta como elemento de juicio.

El carácter general de esta presentación supone no entrar en demasiados detalles que, por otra parte son motivo de otro estudio más completo. Sin embargo, adelantamos aquí un esbozo de nuestras conclusiones. La presencia de rasgos culturales de filiación incaica, intensos unos, esfumados otros, pero constantes, es indudable. Se comprueban tanto en la arquitectura como en la cerámica y en otros materiales que proceden del Pucará. Con todo, esta especial manera de presentarse la influencia incaica, a la manera de ecos o aires de familia, sugiere que no se trata de una influencia directa sino mediata. ¿Cómo se ha producido entonces? pensamos que a

través de otro pueblo que la sufrió directamente. Y todo parece indicar que ese pueblo habitó el sud de Bolivia donde la cultura Inca Provincial se ha comprobado fehacientemente. (Cf. Ryden, 1947). Esto no excluye, por supuesto la llegada de otra corriente incaica a través de la Puna y otra desde Chile a través del jalón meridional que ya conocemos en La Paya.

El estudio de conjunto de los materiales procedentes del Pucará servirá sin duda para fortalecer esta nuestra hipótesis brevemente enunciada. Ojalá esta tarea sea llevada a cabo muy pronto.

* * *

BIBLIOGRAFIA

- 1936 — E. Casanova. La Quebrada de Humahuaca. Bs. Aires.
1950 — E. Casanova. La restauración del Pucará. Bs. Aires.
1915 — E. Nordenskjöld. Incallaeta.
1947 — S. Ryden. Excavations en Southwesteiq. Bolivia. Goteborg.



EL ARTE DE LOS INDIGENAS DE LA QUEBRADA

por PEDRO KRAPOVICKAS

Es el departamento de Tilcara un centro arqueológico de primerísima importancia. Bastará para demostrarlo, la enumeración de los yacimientos conocidos que caen dentro de sus límites: Hornillos, Tilcara, Huichairas, Alfarcito, La Isla, Juella, Puerta de Maidana, Angosto Chico, Perchel, Campo Morado, Los Amarillos y Yacoraité. Se convierte así en la Meca de todos aquellos que se interesan por las antigüedades de la Quebrada, ya que estos yacimientos forman el núcleo de donde provienen la mayoría de datos que poseemos sobre la vida de los aborígenes que poblaron la región Humahuaca. Por ello, al estudiar los diversos aspectos de su cultura, casi siempre lo hacemos con materiales provenientes de esta zona, resultandó entonces, en nuestro caso especial, el término arte tilcareño, sinónimo de arte quebradeño.

En este breve artículo nos ocuparemos en especial de la cerámica, pues ha sido con ella que las gentes de Tilcara y la Quebrada han manifestado con más acierto sus inclinaciones artísticas. Las manos del artífice vencieron fácilmente cualquier resistencia que pudiera ofrecerle la arcilla. Por el contrario, salvo en los últimos momentos y bajo influencias extrañas, no ocurrió lo mismo con la piedra y el metal, que siempre presentaron grandes dificultades técnicas. La plasticidad del barro permitió una variedad de formas bastante amplia, completadas por la decoración pintada. En esta última radica la esencia del arte indígena humahuaca y constituyó el campo propicio para el desarrollo de todas las posibilidades del aborigen. Su arte pictórico, eminentemente decorativo, contadas veces pasó de las paredes de sus vasos a las rocas, adquiriendo en las pictografías, bastante raras en la Quebrada, otro carácter.

Los motivos, trazados unas veces a dos colores, negro y rojo, y otras a tres, agregándose el blanco, son exclusivamente geométricos. No representan una estilización de formas pretéritas y tampo-

co creemos que haya en ellos ningún simbolismo. Si bien la decoración es muy variada en su conjunto, resulta de la combinación de un número limitado de elementos: triángulos, rectángulos, escaques, espirales, volutas, superficies reticuladas y algunos otros de menor importancia.

La limitación del colorido y el tratamiento dado a los elementos empleados le conceden una sobriedad que lo distingue de otros estilos indígenas, por ejemplo, del santamariano. Si comparamos un cántaro tilcareño y una urna calchaquí, resaltarán la austeridad de aquel. En ambos veremos una idéntica simetría, pero la segunda estará recubierta totalmente por una abigarrada polieromía de figuras geométricas, antropomorfas y zoomorfas estilizadas, que no dudamos en calificar como barroca. En cambio en el primero, aunque los vasos de Tilcara representen la máxima elaboración y complejidad, los dibujos serán siempre más simples y habrá un mayor equilibrio y armonía en su distribución.

Se han señalado para la arqueología de la Quebrada de Humahuaca una serie de estilos decorativos, ordenados en una sucesión cronológica y que en su conjunto representan el desarrollo del arte de esta región. En todos ellos, a pesar de ciertas diferencias, se hacen presentes las características que enumeramos más arriba.

Ha sido la impresión de la mayoría de los estudiosos que se han ocupado de estos problemas, que los materiales provenientes de Alfarcito y La Isla, son los más antiguos. Forman ellos los dos primeros estilos, siendo aquellos ligeramente anteriores a éstos.

La decoración es a tres colores: negro y blanco sobre el fondo rojo de la cerámica. Se los ha denominado técnicamente "Alfarcito polieromo" y "La Isla polieromo". La cerámica de Alfarcito es la más simple, con series de triángulos negros orlados de blanco libres o soldados entre sí. Se complementan a veces con series de líneas paralelas y un reticulado de trama muy amplia. En La Isla también hay un diseño peculiar que aparece en su gran mayoría sobre los tan conocidos vasos timbales. Consiste en una franja horizontal formada por triángulos alternados y rellenos con líneas oblicuas paralelas. Entran en combinación los tres colores, sea dibujándose los triángulos sobre una estrecha faja blanca que resalta junto al fondo rojo del vaso, o alternando las líneas blancas y negras en el interior de los triángulos. Dentro de su sencillez adquiere gran variedad. Una cara humana, muy simple, con sus rasgos esenciales, ojos, nariz, boca y orejas en relieve, en medio de una faz blanca, es típica de La Isla aunque no faltan modelados antropomorfos en los otros estilos.

Un tipo de decoración, considerado posterior a los anteriores, es llamado por los arqueólogos "Hornillos negro sobre rojo". Este nombre no significa que sea exclusivo de ese yacimiento. Se le ha dado para diferenciarlo de los restantes. Es universal en toda la Quebrada y constituye lo más característico y propio de ella. Los colores se reducen a dos: negro y rojo, y las formas más comunes son los pucos decorados interiormente. Culmina en los vasos denominados "Tilcara negro sobre rojo", donde el estilo Humahuaca adquiere su mayor desarrollo, tanto en el decorado como en la técnica cerámica que se perfecciona en grado sumo.

El interior de los pucos se divide en dos, tres o cuatro zonas, de acuerdo a las cuales se organizan los motivos ya vistos. En el exterior de los vasos los dibujos se ordenan en cuarteles o en registros verticales u horizontales. Hay series de triángulos colocados alternadamente sobre un eje vertical que reciben el nombre de banderines. Otras veces estos triángulos se orientan horizontalmente y mediante el agregado de espirales o prolongaciones rectas forman grecas. El reticulado se distingue en toda la cerámica humahuaca y en especial en la que estamos describiendo, que constituye su fase final. Las figuras, triángulos, volutas, las bandas que dividen el interior de los pucos, etc., pueden estar pintadas de negro o reticuladas. Muchas veces el motivo central es una figura con una singular forma arriñonada, con reticulado en su interior, que cubre las paredes de los vasos tilcareños y el fondo de innumerables pucos.

Ya vimos que esta decoración pintada es siempre geométrica. Nunca aparecen dibujos de figuras humanas o zoomorfas, ya sean completas o en parte y cuando las encontramos, siempre han sido modeladas en relieve o como figuras de bulto. En algunos vasos adquiere esta técnica, la del modelado, singular importancia. Tienen la forma de pequeñas llamas y son típicos para la Quebrada. El ejemplar más hermoso de esta serie proviene de Alfarcito. El animal aparece echado con una cuerda atada al cuello y está realizado con gran realismo, adquiriendo la figura gran movimiento.

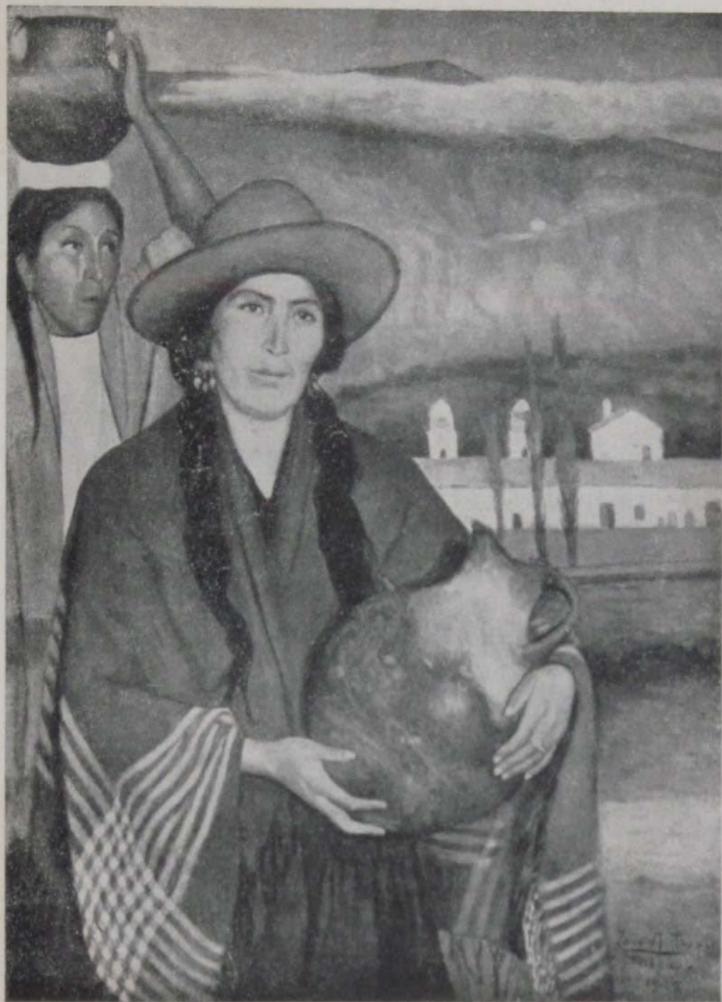
Es muy difícil afirmar a cual de los estilos pertenecen estos modelados, tanto los antropomorfos como los zoomorfos, aunque parece que existió un gusto mayor por ellos en la época en que se fabricó la cerámica de La Isla. Hay aquí un mayor número de vasos con caras en relieve, los que junto a un pequeño número de ejemplares ornitomorfos dan más asidero a esta suposición. Han sido hallados en La Isla y en la Quebrada de la Cueva. Son pequeños y de forma alargada. Tienen una boca en un extremo, en el otro la cabeza del ave y a los costados, sus alas. El artista ha representado un pato nadando con una simplicidad no exenta de gracia y ha

completado el modelado, simulando sin ninguna duda el plumaje, con líneas blancas y negras sobre el fondo rojo, trazadas al estilo de La Isla.

Nos resta un tipo de decoración al cual no podemos considerar como autóctono con la misma seguridad que en los casos anteriores. Es el llamado "Pomeño". Aparece en pucos muy bien fabricados decorados exteriormente con anchas bandas negras en espiral y volutas, sumamente elegantes. No son exclusivos de la Quebrada pues se los ha encontrado también en un yacimiento del Valle Calchaquí, La Poma, muy alejado de la región que nos ocupa y que les ha dado el nombre. Nos enfrentamos con el problema de conocer con certeza cual es el lugar de su origen pues no sabemos si es propio o ajeno a la Quebrada. Si comprobáramos la primera posibilidad tendríamos que buscar bajo qué influencias surgió, si fué un desarrollo de su arte regional o algo que vino de afuera y allí se reelaboró.

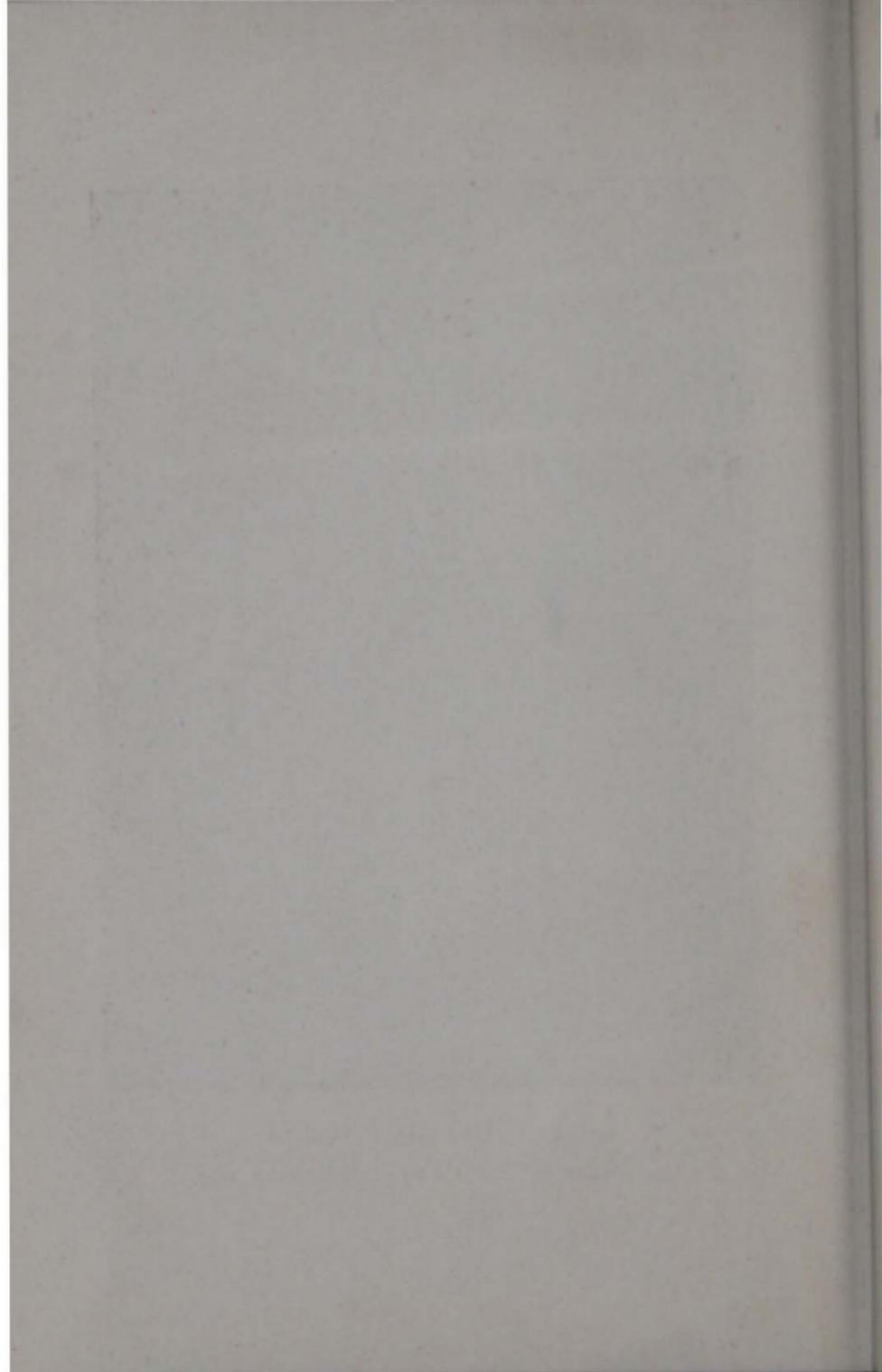
El contacto con gentes del imperio incaico, en épocas próximas a la llegada de los españoles enriqueció al arte humahuaca con otras formas, pero de ninguna manera llegó a ahogar lo original que había en él. Junto a los productos netamente peruanos aparecen los resultados de la fusión de las nuevas tendencias con las antiguas.

PEDRO KRAPOVIKAS



HACIA LA CHICHERIA — TILCARA

Museo Nacional de Bellas Artes — José Antonio Terry



ALGUNAS GENERALIDADES

SOBRE LOS OMAGUACAS

por SALVADOR CANALS FRAU

I

Los Omaguacas son los indios andinos que ocupaban el sector septentrional del Noroeste Argentino. Su límite norte puede considerarse ser más o menos coincidente con la actual frontera argentino-boliviana; por el sur tenían a los cacanos Pulares como vecinos inmediatos; por el oeste alcanzaban el borde oriental de la Puna, donde vivían los apatamas, y por el este partían límites con los pueblos del Chaco norte-occidental. Se puede decir que su hábitat comprendía la gran quebrada longitudinal de Humahuaca, incluso sus quebradas laterales, el valle de Jujuy y la montañosa región subandina del este.

Pese a que no podemos afirmarlo con toda seguridad por falta de datos precisos, es altamente probable que los Omaguacas constituyeran una verdadera unidad étnica. Tenían su cultura propia, singularizada por un conjunto de elementos peculiares y estilos cerámicos propios y característicos. Hablaban casi seguramente lengua peculiar, y hasta reconocían la autoridad de un cacique general que les gobernaba a todos. Este residía en la zona central de la Quebrada que ha dado nombre al conjunto, y cuyos indios representan el núcleo principal y originario de esta entidad étnica. Al entrar primeramente en contacto con los españoles, o sea, en la primera mitad del siglo XVI, este jefe supremo se llamaba Quipildor; más tarde fué el famoso Viltipoco, de quien tanto hablan las crónicas y quien tanto diera que hacer a los primeros colonizadores españoles. El conjunto se dividía en numerosas parcialidades de las que las más conocidas son las de Omaguacas, Purmamarea, Oeloya, Tilcara, Xuxuy, etc., cuyos nombres sobreviven hasta el día de hoy como topónimos regionales.

Como ello ha sido algunas veces puesto en duda, bueno será que reiteremos que en estos Omaguacas hemos de ver al sector septentrional del área de co-tradición del Noroeste Argentino. Pues, junto con los cacanos del sector central, y los Capayanes del meridional, constituían una unidad mayor cuya base está dada por la afinidad cultural de las partes, y la coincidencia en una misma evolución de sus respectivas culturas. Lo primero se manifiesta por la similitud del estilo de vida propio de los tres pueblos. Y en cuanto a la coincidencia en la evolución cultural de las tres zonas, ella puede verse por el hecho de que en cada una de ellas hay numero-

Los rasgos culturales que son característicos del área total, a la vez que representativos de épocas distintas. Para señalar esto con unos pocos ejemplos, podemos recordar la cerámica negro-gris grabada, que por su origen pertenece al período andino más primitivo; a la costumbre de enterrar párvulos en urnas, cántaros o platos de barro, que es propia del período medio; y a la alfarería de tipo incaico que representa el período más reciente. Todos esos elementos se encuentran en las tres zonas por igual, y ello señala sin duda una misma profundidad histórica a cada una de ellas.

La parte oriental del área omaguaca o, lo que es lo mismo, la región subandina del este, estaba poblada por una serie de parcialidades cuya identidad ha sido a veces discutida. Nos referimos a los Ocloyas y afines, sobre cuya pertenencia a los Omaguacas existiría, según algunos autores, cuando menos cierta duda. Mas, a nuestro entender la duda no se justifica. Pues si bien es cierto que ningún documento nos dice de manera terminante que los Ocloyas y afines fueran omaguacas, tampoco hay fuente alguna que afirme que no lo eran. En cambio, hay una serie de datos indirectos que señalan en el expresado sentido. Por ejemplo, sabemos que ellos dependían políticamente del cacique general de Omaguaca. Además, los nombres de persona que aparecen en sus grupos (1) y ciertos datos arqueológicos que se encuentran en su territorio (2), nos dicen que la mayoría de los moradores de la región subandina del este, no pueden ser separados de los demás omaguacas de la gran Quebrada. Lo cual no quiere decir que los yacimientos del este reflejen exactamente la misma evolución cultural que los de la Quebrada.

La misma región omaguaca albergaba, empero, un elemento que por sus orígenes era realmente alóctono. Son los churumatas, paypayas y otros pequeños grupos de indios chichas que en el momento histórico de la conquista española ocupaban algunos territorios en la periferia del área omaguaca de dispersión, más exactamente sobre la frontera con la actual Bolivia (3). Procedentes del interior del alto Perú habían sido traídos por los Incas a la zona fronteriza, especialmente del lado de Tarija, en calidad de mitimás (4), y para que poblaran y defendieran los territorios incaicos amenazados por los chiriguanos. Luego, la conquista española los dispersó aún más, llevándolos a distintos sitios del territorio omaguaca y hasta poblando algunos de ellos en las mismas cercanías de San Salvador de Jujuy (5). Pero como se trataba de pequeños grupos desvinculados de sus territorios originarios, es muy probable que con la desaparición del imperio incaico comenzaran a asimilarse a los omaguacas.

II

No conocemos ningún dato histórico que se refiera de manera

directa al aspecto físico de los omaguacas. Pero, por lo que dice Sotelo Narváez, de que los indios tobas que confinaban con ellos eran una gente "más alta y desproporcionada" (6), podemos inferir que los omaguacas eran de estatura más baja que los chaqueños. Y en realidad era esto lo que había esperar dada su indudable condición de andinos.

Lo mismo nos señalan los pocos restos antiguos que han sido desenterrados de sus tumbas. Así, de una serie de fémures traídos por Ambrosetti, Debenedetti y Salas, y procedentes de varios yacimientos de la Quebrada, se ha podido calcular la estatura de estos indios, resultando ser de unos 159 cm. la de los hombres, y de 152 la de las mujeres. Esto es indudablemente una baja estatura, pero que está de acuerdo con la de los demás pueblos andinos y parecidos valores son los que todavía sigue ostentando la población actual, que puede considerarse descendiente suya. Sobre la forma de la cabeza poco es lo que se puede decir, fuera de que como buenos andinos que eran, los Omaguacas tenían la cabeza naturalmente corta. Mas, esta forma natural se veía oscurecida por la costumbre muy generalizada de deformársela. A tal efecto solían aplicar a los niños de corta edad un sistema de tablillas que obligaba a sus cabezas a crecer hacia arriba y hacia atrás; es éste un tipo de deformación craneana que ha sido llamado "tabular oblicua". La cara y la nariz, por su parte, eran y siguen siendo de forma mediana.

Los numerosos restos arqueológicos que en todas partes se encuentran, también nos muestran a nuestros indios como auténtico andinos en lo cultural. Así, sabemos que cultivaban el maíz, la papa y la quinua sobre los numerosos andenes de cultivo, a los que supieron llevar la irrigación artificial. Criaban grandes manadas de llamas, las que servían tanto para el transporte como para la obtención de su lana. Su numeroso instrumental agrícola, representado sobre todo por palas y cuchillones, era de piedra o de madera. Vestían las clásicas mantas, camisetas y ojotas andinas, y vivían en casas de piedra de forma rectangular y con una sola caída, como las que pueden verse, modernamente reconstruidas, en el Pucará de Tilcara. Sus industrias abarcaban la piedra, los metales, la madera, la canastería, el tejido y, sobre todo, la cerámica.

De esta cerámica la hay de varios estilos, de acuerdo con la época a que pertenece. La más antigua, es la negro-gris, a veces simplemente grabada. Ella no es muy común en el área. Más lo es la decorada con pintura, que luce dibujos geométricos de color negro, negro y blanco, o negro y rojo sobre fondo rojizo. Sus formas son también variadas, llamando la atención sobre todo la frecuencia de grandes asas verticales, y especialmente vasos llamados

timbales, que tanto recuerdan a Tiahuanaco.

Nuestros Omaguacas prodigaban muchos cuidados a sus muertos. Común era enterrarlos en cámaras sepulcrales situadas en un ángulo de la habitación, para que el muerto pudiera permanecer en el lugar a que estaba acostumbrado y entre sus propios deudos. Otras veces reunían las tumbas en cementerios situados fuera del poblado. A algunos niños de corta edad los enterraban puestos sus cuerpos en grandes cántaros o platos de barro que servían a manera de urnas funerarias.

En algunas partes han aparecido también entierros de adultos en grandes vasos. En el Pucará de Tilcara, por ejemplo, Debenedetti encontró un virque "seccionado intencionalmente en su parte superior y utilizado como sarcófago para un adulto" (7). En tanto que un escavador aficionado, el señor Carlos Schuel, de Jujuy, encontró en el mismo Pucará una veintena de estos vasos, aunque sólo en dos había esqueletos de adultos (8). Se trata aquí de hallazgos que ponen a nuestros omaguacas en una cierta relación con las culturas de Pampa Grande y La Candelaria, de más al sudeste.

También los numerosos cráneos trofeos que han aparecido en los más distintos yacimientos omaguacas, merecen una mención especial. Ellos han sido estudiados por Vignati (9). Generalmente los cráneos se encuentran depositados en ollas o platos. Parecería como si en estos casos se haya querido honrar de manera especial al fallecido. Lo cual nos llevaría a tener que admitir que el entierro en recipientes de barro representaba un honor especial que se prodigaba a los individuos que se inhumaban así.

De su organización social y política sólo sabemos que al frente de las parcialidades había curacas, y que todas ellas reconocían como cacique general al de Omaguaca. Y menor es aún nuestro conocimiento de su religión, sobre la que prácticamente no sabemos nada.

También la lengua nos es desconocida casi por completo. Ni siquiera sabemos de manera directa que tuviesen lengua particular, pues las fuentes conocidas no aluden a ella. De ahí que no han faltado autores que supusieran que nuestros Omaguacas hablan el Quichua o el Aymara. Y si nosotros admitimos su independencia lingüística, es sólo en virtud de ciertas consideraciones que sobre la base de datos indirectos se pueden hacer.

Sabemos, por ejemplo, por el P. Techo, que el P. Osorio que fuera misionero de los Oclloyas, había aprendido la lengua que éstos hablaban, y compuesto vocabularios en ella (10).

Y como parece seguro que los Oclloyas fueran una parcialidad de omaguacas, surge necesariamente de ello que nuestros indios tenían lengua propia; esto es, en realidad, lo que ya Boman y otros investigadores habían supuesto. Pero como los chi-

chas que entre ellos vivían eran de habla quichua (11), y hasta son señalados por algún documento como "quichistas"; es posible que al producirse la conquista española nuestros omaguacas estuvieran parcialmente quichuizados. Su proximidad a los territorios propiamente incaicos y su incorporación al Imperio de los Incas, habrían favorecido el proceso.

Claro que fuera de los mencionados datos indirectos, nada sabemos sobre las cualidades del antiguo idioma de los Omaguacas, que es lo que aquí interesa. Y sólo es posible decir que no se ha de haber diferenciado mucho de las demás lenguas indígenas del Noroeste Argentino.

III

En la región omaguaca no tenemos conocimiento de que haya existido otra población que la ándida, ni otro tipo de cultura que el general andino, al menos hasta ahora no han aparecido en ella restos o rastros de hombres o culturas que puedan considerarse anteriores. Lo cual, naturalmente, no quiere decir, que ellos no puedan aparecer cualquier día.

Por lo tanto, y basándonos sólo en lo que hasta ahora sabemos, la evolución cultural de la región omaguaca comienza con el asentamiento en ella de las poblaciones andinas. Hay, desde luego, una cierta inseguridad respecto de la época en que se produjo su llegada. En particular, no sabemos si ella fué simultánea o posterior a la instalación de los mismos elementos, o sus influencias, en las otras regiones del Noroeste. Algunos arqueólogos han creído que la ocupación de la región omaguaca se produjo en época relativamente tardía. Debenedetti fué uno de ellos, y en la actualidad lo es Bennett. (12). Mas, nuestra opinión es de que, al menos en principio, no pueden señalarse diferencias entre las distintas regiones. Aunque más no fuere que por la simple razón de que la arqueología nos muestra que las mismas influencias, andinas y amazónicas, que dieron forma y contenido a las culturas históricas de cacanos y capayanes, intervinieron también en la formación de la de los omaguacas.

Pese al paralelismo que es dable observar en la evolución cultural de las distintas regiones del Noroeste, hay también algunas notables diferencias entre ellas. Una de éstas es que el sector septentrional, esto es, el de los omaguacas, fué influido de manera mucho más poderosa que los sectores central y meridional por las culturas del Pacífico, en especial por la atacameña. Lo cual se explica por su mayor cercanía a la Puna.

La mayor proximidad a las regiones peruanas condicionó igualmente que las influencias incaicas fueran aquí más recias que más al sur. Y que se instalaran sobre los límites de los oma-

guacas, y hasta entre ellos mismos, aquellos núcleos de incaización que sin duda fueron los grupos de indios chichas que hemos mencionado.

La misma razón anterior fué también causa de que muchos indios omaguacas fueran encomendados en vecinos de la Plata o "Characas", ciudad del sur de la actual Bolivia, aún con anterioridad a la creación de la gobernación del Tucumán. La encomienda de Martín Monje, por ejemplo, otorgada el 17 de setiembre de 1540 por el mismo Pizarro, comprendía, según reza la cédula respectiva, parte de la "provincia de Omaguaca" además de otros "pueblos e indios", entre los que figura Casabindo. Este último pueblo y el de Cochinoaca, situados ambos sobre el borde oriental de la Puna, han de haber tenido también población omaguaca, al menos en el siglo XVI. Pues, ellos se mencionan frecuentemente junto con los pueblos de la Quebrada. Además, los nombres de caciques e indios de ambos lugares que los documentos mencionan, son de parecida estructura que los omaguacas.

Sin embargo, y no obstante de que el régimen de la encomienda comenzara tan temprano para nuestros omaguacas, ellos fueron de los últimos en ser sometidos. Dominando una vía de comunicación cual la Quebrada que une los llanos de Tucumán con la Puna, obstaculizaron en toda manera la acción de los españoles. Destruyeron, por dos veces, sus fundaciones urbanas en el valle de Jujuy: primero la ciudad de Nieva (1562), y luego la de San Francisco de Alava (1575). Y fué sólo con la tercera fundación que felizmente perduró: la de San Salvador de Jujuy efectuada en 1593, que los omaguacas pudieron considerarse dominados.

Ya en época hispánica, nuestros indios siguieron en gran parte viviendo su antiguo estilo de vida, el que se fué modificando muy lentamente y aún sólo en algunos aspectos. Un documento de 1596, publicado por Tommasini, establece el servicio de mita que los indios del distrito de Jujuy debían dar a la ciudad. Y junto con otros pueblos de estirpe chicha, en la ocasión se nombran los de Tilian, Purmamarca, Oeloyas, Omaguacas, Casabindo y Cochinoaca. Posteriormente, en 1611, el visitador Alfaro reordena el servicio de mita desde Jujuy y en esa ocasión agrega a los pueblos anteriores el de Tilcara.

Estos serían los poblados mayores, cuyo número de habitantes permitiría el desprendimiento periódico de unos pocos para ser utilizados en obras de bien común. Pero fuera de éstos había muchos otros pueblos más, sin duda de importancia menor, que sólo las cédulas de encomienda y los documentos judiciales nombran de tanto en tanto. Así, en la "provincia y valle de los Oeloyas", la encomienda de Juan Ochoa de Zárate, que es de 1601, nombra los de Acalayso, Quispira, Sopra o Guarconte, Tuetuca, Ocayacxu y Titicoante.

Las encomiendas persistieron durante todo el siglo XVII. El padrón que Diego Ortiz de Zárate levantara en 1673, todavía reconoce la presencia de once de ellas en territorio omaguaca. El detalle de las mismas es el siguiente:

Pueblo de Ocloyas,	197 indios, encomendados en Julio de Amusátegui.
" " "	258 indios, encomendados en Tomás de Pinedo Montoya.
" " Paypayá,	72 Indios, encomendados en Martín de Argañaraz y Murguía.
" " Prumamarca,	47 indios, encomendados en Francisco Pérez de Cisneros.
" " Yala,	66 indios, encomendados en Pedro de Aguirre y Labayen.
" " Tileara y Osas,	79 indios, encomendados en Diego Ortiz de Zárate.
" " Omaguaca y Sococha,	263 indios, encomendados en Pedro Ortiz de Zárate.
" " Cochinoca y Casabindo,	519 indios, encomendados en Pablo Bernárdez y Ovando (13).

En total son 1.501 personas. Vale decir que, en la segunda mitad del siglo XVII, la región omaguaca albergaba unos 1.500 indios que todavía no habían perdido el contacto con su antiguo estilo de vida.

NOTAS AL ARTICULO

Algunas generalidades sobre los omaguacas

- (1) En efecto, no sólo la estructura general de los nombres de persona de toda la región parece ser la misma, sino que en las listas de nombres dados como ocloyas hay numerosas superposiciones con los calificados específicamente de omaguacas. Ver, por ejemplo, las listas publicadas por TOMMASINI, A. G., en *Los indios ocloyas y sus doctrineros en el siglo XVII*. Córdoba, 1933.
- (2) No es mucho lo que sabemos de la arqueología de la región

subandina. Con referencia a uno de sus yacimientos, el de Titiconte, Debenedetti señalaba que ella "era semejante a la de la Quebrada de Humahuaca". DEBENEDETTI, S. y CASANOVA, E.: Titiconte, en Publicación III, 35, Buenos Aires, 1933-1955. Pero posteriormente, las investigaciones de Márquez Miranda en Iruya y Santa Victoria demostraron que la similitud era solamente parcial. Sin duda porque allí la cultura quedó estancada en una fase más primitiva y menos evolucionada que en la Quebrada.

- (3) Que los churumatas y afines fueran de estirpe chicha, lo atestiguan tanto el P. Corrado como Fray M. Mingo. Véase SALAS, M. A.: *El antigal de Ciénaga Grande*, en Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico, tomo V, pág. 65, Buenos Aires, 1945.
- (4) La cédula de una de las primeras encomiendas de indios de la región otorga al agraciado Martín Monje, vecino de la Plata, entre otras cosas, el pueblo "que se llama Chilma, de mitimás, chorumatas e chuis, que está hacia Omaguaca..." Fray Manuel Mingo, por su parte, llama a los tomatas, grupo afín, "indios que chuistas".
- (5) En efecto, un documento de 1595 hace referencia a "los indios churumatas que agora de presente se pueblan tres leguas de esta ciudad". TOMMASINI, A. G., l. c., pág. 178.
- (6) SOTELO NARVAEZ, P.: *Relación de las provincias del Tucumán*. JAIMES FREYRE: *El Tucumán colonial*, pág. 96, Buenos Aires, 1915.
- (7) DEBENEDETTI, S.: *Las ruinas del Pucará, Tilcara, Quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy)*, pág. 96, Buenos Aires, 1930.
- (8) BECKER - DONNER, E.: *Die nordwestargentinischen Sammlungen des Wiener Museums für Volkerkunde*, en Archiv für Volkerkunde, tomo V, pág. 9, Wien, 1950.
- (9) VIGNATI, M. A.: *Los cráneos, trofeos de las sepulturas indígenas de la Quebrada de Humahuaca (Prov. de Jujuy)* en Archivos del Museo Etnográfico, tomo I, Buenos Aires, 1930.
- (10) TECHO, N. del: *Historia de la provincia del Tucumán de la Compañía de Jesús*, tomo V, pág. 86, Madrid, 1897.
- (11) Rivet había supuesto que los chichas fueran de idioma Aymara. Mas, equivocadamente. Como ya hemos señalado an-

tes, estos indios habían sido traídos a territorio omaguaca como mitimáes. Y también en otras partes parece que cumplían la misma misión de servir de núcleo de incaización entre indios de idioma no quichua. Tal, por ejemplo, los que todavía en el siglo XVII existían en el Corregimiento de Arecaja, obispado de La Paz, o en el valle de la Plata, todo según el testimonio del P. Vázquez de Espinosa. Véase su *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, pág. 667 y 669, Washington, 1948.

- (12) BENNETT, W. C., BLEILER, E. F., SOMMER, F. H.: *Northwest Argentina Archaeology*, pág. 42, en Yale University Publications in Anthropology, N° 38, New Haven, 1948. La posición de Bennett deriva de su creencia de que en la Quebrada no hay ninguna cultura que pueda parangonarse con la de Barreales, en lo que a antigüedad se refiere.
- (13) RAVIGNANI, E.: *La población indígena de las regiones del Río de la Plata y Tucumán en la segunda mitad del siglo XVII*, en Actas y trabajos científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas, tomo II, pág. 300, Buenos Aires, 1934.



LA QUEBRADA

TILCARA Y LA POSTA DE HORNILLOS

por JOSE ARMANINI

Es un vetusto cañadón de veinte leguas, socavado por los elementos en el correr de siglos. Canal zigzagueante, zaguán ciclópeo, hondo tajo abierto en laberinto montañoso para unir pueblos. Panorama cóncavo en que las formas se yuxtaponen en enigmático ritmo y las líneas hacen un extraño juego asimétrico. Espectáculo no común de retorcidas masas rocosas, luz y color, sobre un cristallino fondo añil. Quebrada verde y exuberante en su desembocadura, áspera y rugosa a mitad de su recorrido; árida, sugestiva y triste en las estribaciones de su nacimiento.

En la prehistoria hispana fué ruta obligada de los primeros habitantes del Continente, —así lo sugiere la zona abrupta e inhóspita que corta y lo confirman las investigaciones arqueológicas realizadas en gran parte de sus falderos antiguos—. Fué camino vital de pueblos primitivos. Por él también llegaban al Tucumán de marrras y por él se abastecían los que habitaban en zonas yermas.

En la conquista ibérica fué bastión inexpugnable y último reducto de la resistencia del aborigen norteño. Sus tribus ocupaban puearas y atalayas cuya estratégica ubicación favorecía su defensa, la que con el tiempo es doblegada con temerarios asaltos y mediante la sacrificada acción civilizadora de los padres misioneros jesuitas.

Podríamos sintetizar la historia de su conquista con la relación de los siguientes episodios:

Fundada San Salvador de Jujuy, en el año 1593, su gobernante vió de inmediato la necesidad de conquistar la Quebrada de los omaguacas, para poder comunicarse y tener un camino más directo con el Virreynato de Lima. La conquista por las armas resultaba inadecuada, dado el número de autóctonos y la defensa natural inexpugnable de los lugares que habitaban. Se pensó entonces en la mansa y eficaz persuasión de la cruz para realizar esa labor. Ofrecióse para encarar la difícil empresa el padre misionero Gaspar de Monroy que, a la sazón, cumplía su sagrada labor en la ciudad de Salta. Y un día, allá por el mes de marzo del año 1594, con la única compañía de un aborigen sometido, que le servía de guía e intérprete, cabalgando una mula cerrera, el padre Monroy fué, Quebrada arriba, para vencer o morir, como hacían, en aquellos tiempos, los sacerdotes de su congregación. Su propósito era salvar el alma de Viltipico, el temible príncipe indio, y la de su pueblo.

Conquistando centinelas con dádivas y su suave decir, logró llegar hasta el altivo y orgulloso cacique. Este, indignado ante la

osadía del sacerdote que, sin su permiso, había entrado a sus dominios, lo recibe de mala manera y no lo autoriza a que enseñe el catecismo a sus súbditos. El momento es difícil. La ira del cacique puede desbaratar sus planes. Entonces el sacerdote resuelve postergar el cumplimiento de su misión y solicita permiso para retirarse y regresar a San Salvador de Jujuy.

—Te irás —le responde el jefe indio— pero no sin antes recibir el homenaje de mi nación! —Ordenando luego a sus ayudantes que sirvan *chicha*.

No se sabe cuál fué la intención del cacique, al disponer ese homenaje un tanto incoherente. Es de suponer que con ello buscó un pretexto para maltratar al cura, pues, al tener conocimiento que los españoles despreciaban la *chicha*, suponía sin duda que su visitante lo desairara no aceptando la bebida, actitud que podría justificar un castigo y saciar su íntimo rencor. Si esa fué su intención, Viltipico se equivocó, pues el padre misionero aceptó el cacharro repleto de *chicha*, —que él sabía era muqueada en horas del amanecer— brindó por la prosperidad de la nación de los omaguacas y por la felicidad de su gran cacique, y tomó el brebaje de un solo envión, como si fuera el mejor de los vinos. Ese gesto aparatoso y amigable del sacerdote, agradó mucho a Viltipico. Ablandóse la expresión dura de su rostro y sonrió en forma amplia y feliz. Luego, el padre Monroy no sólo fué autorizado a catequizar a las tribus de la Quebrada sino que se convirtió en el director espiritual del gran cacique.

Seis meses después, cuando las rebeldes tribus del gran cañadón de los omaguacas estaban apaciguadas por la sola presencia del padre Monroy, se vió obligado éste a regresar a Salta por razones de salud. Su ausencia pronto determinó el recrudecimiento del viejo rencor indio hacia los blancos y, poco tiempo después se diluyó en el olvido la sacrificada prédica de paz y amistad cristiana, produciéndose luego aquel conato de invasión a las ciudades de Salta, San Salvador de Jujuy y La Rioja, que desbaratará don Francisco de Argañaraz y Murguía —fundador y gobernador de Jujuy— con sólo veinticinco hombres, escamoteando y tomando prisionero al mismo Viltipico en temeraria acción; con lo cual finalizó el dominio aborígen en la Quebrada.

Luego, el gran cañadón pasó a ser ruta promisoría del Continente, a cuya vera florecieron pueblos de hispana raigambre.

Más tarde, en la acción emancipadora, fué pedana escarlata de lucha fuerte. Por ella, a punta de lanza y cuchillo, el destino de América retrocedió y avanzó once veces. Por ella el territorio argentino fué invadido insistentemente por los ejércitos realistas de Lima.

La primera invasión se produce en el año 1810, al mando de Goyeneche y es rechazada por el General Balcarra antes de que entrara a la Quebrada propiamente dicha. La segunda, en 1812, al

mando del General Pío Tristán, con 3.000 hombres, que produce el histórico éxodo jujeño y llega hasta Tucumán, donde Belgrano gesta la trascendental victoria que, con la de Salta, abre de nuevo el camino al Perú. La tercera, en 1814, por el General Pezuela, que llega hasta Jujuy y Salta, de donde es desalojada por los gauchos de Güemes.

La cuarta, en 1817, que llega otra vez hasta Jujuy y las cañías de Salta y que nuevamente es rechazada por los gauchos de Güemes y Alvarez Prado. La quinta, también en 1817, por el General Olañeta, con mil hombres, que sólo consigue llegar hasta Humahuaca. La sexta, en 1818, por el General Valdez, que llega hasta Jujuy pero que es desalojada por los gauchos el mismo día de la ocupación. La séptima, en 1819, por el General Canterac, que sólo llega hasta Tilcara. La octava, en 1820, por el General Ramírez Orozco, que llega hasta el río Pasaje y es rechazada por los gauchos cada vez más temerarios y valientes. La novena, en 1821, al mando del General Olañeta y el Coronel Marquiegui, que llega hasta Jujuy y es derrotado allí por el General y doctor José Ignacio Gorriti. La décima invasión se produce en el mismo año 1821 y es conducida de nuevo por el General Olañeta para rescatar a su cuñado Marquiegui, tomado prisionero en la anterior y vengarse, seguramente, de la última derrota. Esta llega también hasta San Salvador de Jujuy y provoca un armisticio. La undécima, también comandada por el General Olañeta, se lleva a cabo en 1822 y sólo llega hasta Volcán.

Posteriormente, allá por el año 1830, la vieja Quebrada jujeña, que durante quince años había sido ruta guerrera y campo de batalla de la sangrienta lucha emancipadora, es escenario de una nueva invasión, la ordenada por el dictador boliviano Santa Cruz que, a fin de cumplir desmedidos propósitos imperialistas, quería apoderarse de las provincias de Jujuy, Salta y Tucumán. Pero una vez más el yermo cañadón y sus gauchos imponen su sino de freno y justicia, cumpliendo su misión de celoso portal y guardianes de la Patria.

TILCARA

En la historia de la Quebrada, Tilcara ocupa un lugar prominente, tanto en lo que respecta a la era precolombina, —pues ella posee las ruinas del fuerte indígena más importante de la República, el Pucará—, como en lo que atañe a los tiempos de la colonia y a los de la guerra de la Independencia. Por ser lugar equidistante del allí hondo camino panamericano, fué eje vital y regulador en tiempo de paz como fué barrera heroica en los de lucha. Antiguo como los demás pueblos de la Quebrada, Tilcara condensa recuerdos de importantes episodios de la guerra gaucha. Allí se peleó sin tregua para defender la Patria. Allí nació y murió el héroe epónimo.

del lugar, Coronel don Manuel Alvarez Prado que, con los Heredia, los Vargas, los Pelo y muchos otros valientes, cimentaron en esos lares el edificio de nuestra nacionalidad. Allí, en la calle principal, hoy llamada Belgrano, está la casa que fué de don Manuel Alvarez Prado; cercana a ella la de los Heredia y poco más allá, la de los Vargas. A poca distancia y al extremo de una de las diagonales de la plaza hacinada de ligustros, está la casita roja de alero ladeado, en que velaron los restos de Lavalle en un alto de su postrer calbata. Allí, al pie del llamado Cerro Negro, se yergue aún el añoso "algarrobo" (según clasificación de la oficina forestal y conforme figura en la obra "Arboles históricos de la Argentina" de Udaondo) o "churqui" (nombre con el cual se señala a dicho árbol en la región) a cuyo pie hirieron y tomaron prisionero, por breve temporada, en el año 1813, al Coronel don Manuel Alvarez Prado. Allí está el viejo "Churqui" —uno de los más corpulentos y antiguos de la Quebrada— diciendo su pasado en la leyenda de la placa de bronce que ahora luce sobre un artístico mojón de piedra y cemento.

Al referirnos a la historia de Tilcara, no nos sería posible dejar de mencionar la de la famosa Posta de Hornillos, esteico cuartel general de la defensa.

LA POSTA DE HORNILLOS

A diez kilómetros de Tilcara y a tres de Maimará, en un lugar donde se insinúa el faldeo de un abra y a escasa distancia del cauce pedregoso del río Grande, se levanta, como azotada barca y en un triste letargo de centuria, la Posta de Hornillos. Sus viejos muros de adobes no se doblegan ante el embate inexorable de los tiempos, aunque, día a día, el viento agorero de la tarde le silbe su agonía y le escupa la arena fina de la reseca playa cercana.

La primitiva casa de la Posta de Hornillos se levantó a iniciativa de don Gregorio Alvarez Prado, peruano de origen y casado con doña Isabel Avendaño Echague, padres ambos del Comandante del primer escuadrón de gauchos de la Quebrada, don Manuel Alvarez Prado. Por ocupar un lugar equidistante entre los pueblos de Purmamarca y Tilcara, dicha casa, que originariamente había sido destinada a casco de campos de cultivo y hacienda, pronto pasó a desempeñar funciones de posta en la obligada ruta que en aquellos tiempos unía el virreinato del Río de la Plata con el de Lima. Así pasó a ser aislado oasis y solicitada fuente de reaprovisionamiento de viajeros y mayores en el largo y yermo camino colonial, donde las diligencias reparaban sus desperfectos, los jinetes desensillaban sus cabalgaduras y las arrias cargueras recuperaban sus agotadas energías. Su vida estaba entonces condicionada al tráfico lento de la época y a la que le imprimía el tronco familiar de los Alvarez Prado.

Durante la guerra de la independencia, ella se convirtió en

bastión de frente abierto y en temerario fortín de avanzada. Fué cuartel de vanguardia y barricada heroica, desde donde la clarinada de alerta hendía el espacio para recoger el eco de una juramentada voluntad de patria libre. Acudía a ella el gaucho cerrero para prepararse a defenderla y desde allí, con improvisada lanza y toseo cuchillo, surgía decidido para contener las fuerzas arrolladoras de columnas disciplinadas. Once veces, año tras año, contribuyó a repetir la hazaña. Algunas veces la poderosa caravana enemiga pasó para internarse en el predio nativo, pero el lazo largo del patriotismo y la fe arrojó el certero pial que la hizo retroceder una y más veces.

Producida la revolución de mayo, los forjadores de la patria se lanzaron a defender su suelo enorme. Por eso casi todos los miembros de la Junta llegaron hasta Jujuy y, capitaneando tropas norteñas, subieron y bajaron repetidas veces por la Quebrada. Así fué como, cumpliendo esos nobles afanes, Castelli y Balcarce descansaron en la Posta de Hornillos cuando avanzaban victoriosamente hacia el Alto Perú y cuando, en el regreso de Huaqui, se vieron obligados a hacer el camino amargo de la derrota. Para Manuel Belgrano fué grata posada en los días del triunfo, como fué refugio gris en los de la triste vuelta de Ayohuma.

En sus continuos viajes por la Quebrada, descansó también allí el general en jefe del ejército del norte, don José Rondeau, que en 1815 reemplaza a San Martín, que se encontraba enfermo. Allí en la Posta de Hornillos y en su cuartel general de Huacalera, Rondeau disintió planes de defensa e impartió directivas a los Alvarez Prado y a los Arias. Varias veces estuvo allí don Martín Güemes, el gran caudillo de los gauchos salteños y general en jefe de la vanguardia norteña; y otras tantas José Gavino de la Quintana, Agustín Avila, Ortiz del Campo, Vicente López, Vieytes, Viamonte y muchos otros héroes de los días primeros de la Patria.

Desde 1810 hasta 1825, se hizo dura la vida de lucha por la libertad en esa posta de avanzada así como en las otras de la difícil vía quebradeña.

Años más tarde aparecen los hermanos Heredia, cuya acción federalista en las provincias norteñas es decisiva. Alejandro gobernó la provincia de Tucumán y extiende su influencia a las de Salta, Jujuy y Catamarca. Felipe gobernó Salta y defiende la Quebrada jujeña de la invasión provocada por el dictador Santa Cruz (1837). En esta acción Felipe Heredia es secundado por su hermano menor Ramón, quien se acuartela para el caso en el ya glorioso baluarte de Hornillos y echa allí raíces vitalicias casándose con Laureana Alvarez Prado, hija del héroe de la independencia, comandante don Manuel Alvarez Prado; originándose así la rama de los Heredia Alvarez Prado, cuya descendencia ha de ocupar largos años la aislada casona y sus tierras.

En un corral adyacente al patio principal de la casa grande, está aún con vida el nudoso y encorvado churqui en cuyas ramas alguna vez Belgrano y muchas veces los gauchos patrulleros de la Quebrada ataron sus caballos cuando la dura brega de la guerra les permitía descansar. Ahí, delante del amplio frente, un eposo yapán extiende sus gruesos brazos debajo de un verde follaje de finas hojas dentadas. Más joven que el churqui, le cabe también la gloria de haber servido de palenque a los gauchos guerreros y de amarradero a las cabalgaduras de la libertad y la soberanía.

He ahí el amplio patio empedrado en que los hombres de la Junta, tal vez, contemplando la silueta negra de un cerro recortada sobre la cristalina comba de un cielo estrellado, han meditado sobre el rumbo confuso y el porvenir incierto de los primeros días del naciente Estado. He ahí las habitaciones lóbregas de gruesos muros mostrando la rústica hornacina de costumbres idas y el tizne caprichoso del sebaceo alumbrado de la época. He ahí el patio de la casa chica recargada con pátina de tiempo, agua y viento —cuyas habitaciones cobijaron muchas veces a los forjadores de nuestra República— prestando hoy funciones incompatibles con las de sus muy dignos antecedentes.

Creemos que ha llegado el momento de otorgar a la Posta de Hornillos la dignidad histórica que le corresponde. Podría lograrse ello organizándose en la vieja casona el museo histórico de la Quebrada jujeña, de la estoica y valiente quebrada de las once invasiones —sufrida válvula de la independencia, merecedora de todos los homenajes y de los mayores honores—, cuya esforzada y patriótica acción, sostenida firmemente en el transcurso de veinte años cruentos, contribuyó a decidir el destino libre de la Patria y el de América.



Tilcara

Notas HISTORICO - ECLESIASTICAS

por el Pbro. JUAN KOGLER

Cúmplenos hacer notar que el presente trabajo ha sido tomado, en gran parte, de los "Estudios sobre historia eclesiástica de Jujuy" del Canónigo M. A. Vergara, a quien seguimos muy de cerca.

El pueblo de Tilcara y sus indios autóctonos, en sus orígenes cristianos, están unidos a las más gloriosas figuras de la conquista jujeña: Argañaraz por los españoles y Viltipoco por los aborígenes.

De inmediato los tilcaras fueron dados en encomienda al fundador, quien como leal caballero, el primero entre sus compañeros de empresa en la fundación de San Salvador, cumplió con las reales ordenanzas, de suerte que, en sus tierras, los tilcaras formaron el pueblo cristiano, sin duda fundado por Argañaraz, que fué con su señora esposa a tomar posesión de las mercedes reales estableciendo allí como Patrona a la Stma. Virgen del Rosario que sigue prodigando, hasta nuestros días, sus favores maternales en bien de sus hijos.

El Rey concedió, en feudo, como decimos más arriba, los tilcaras al fundador, por tres vidas, fallecido él en la década de 1610; entró a gozarlo su hijo: Francisco de Argañaraz y Murguía, luego, por muerte de éste, su hija: doña María de Argañaraz y Murguía, que casó con el noble y valeroso caballero don Diego Iñiguez de Chavarri. En 1631 los esposos Iñiguez eran los feudales de Tilcara, paralelamente, y dentro de la organización legal, esos mismos aborígenes vencidos por Argañaraz en la persona de Viltipoco, tuvieron por caciques a los descendientes del valoroso caudillo de Purmamarea. Viltipoco, al ser apresado y conducido a San Salvador, se bautizó con el nombre de Diego. Su hijo, llamado Francisco Viltipoco, fué cacique de los tilcaras, sujeto a Francisco de Argañaraz. Por último, en 1635, lo era Francisco Chapor, hijo del anterior, mientras los esposos Iñiguez fueron encomenderos.

Fueron demarcados los curatos del altiplano y el de la Quebrada de Humahuaca, llamada antes "Omaguaca", que se extendía hasta León. De esta suerte, todos los pueblos quebradeños fueron anexos de Humahuaca. Con el andar del tiempo, Tumbaya fué elegida como cabecera de otro nuevo Curato, no tanto por su progreso ma-

terial, sino más bien por su posición geográfica intermedia entre la ciudad de San Salvador de Jujuy y Humahuaca.

Tumbaya fué población india ya constituida y repartida en encomienda a fines del siglo XVI (Libro I, Archivo Capitular de Jujuy) ya que se afirmaba en setiembre de 1601 en el Cabildo de Jujuy que los indios de Tumbaya fueron objeto de atropellos violentos de parte de un vecino de Salta porque había cierta competencia de derechos. La población de los tumbayas fué dada en encomienda a don Ramón Valero, Teniente de Gobernador, y pronto se comenzó la colonización y evangelización por estos lugares, que se extendían hasta Tilcara (Pastells). Purmamarea era de la encomienda de don Bartolomé Quintana (Archivo de los Tribunales de Jujuy - Protocolo 15). En la de Tilcara intervino positivamente el fundador de Jujuy, Argañaraz y sus descendientes. Existe un cuaderno con datos de bautismos, casamientos y entierros, del Cura Juan Fernández de Cabezas fallecido en 1705, cuyo principio dice así "1669 para la Capilla de la Chacra de Tumbaya y Purmamarea donde se registran las funciones religiosas, 8 de octubre de 1699". Quiere decir que allí hubo vida agrícola y ganadera, vida religiosa desarrollada entre indios y españoles. Es lógico pensar que tales cosas no se improvisaban, tenían más de un siglo de tradición, ya que consta de un Cabildo habido el 2 de junio de 1596, que su feudal los entregó en administración a don Francisco Guzmán, con el mandato de obligarlos al trabajo personal y a la instrucción de la Santa Fe. Posteriormente, en 1601, intervino Pedro Marcos, vecino de Jujuy, en los derechos sobre estos indios, que fueron sacados de este su lugar natural, que distaba varias leguas de Jujuy, juntamente con los de Volcán.

Después fué dueño del valle de Tumbaya y Tiraxi el General Juan Ochoa de Zárate, por merced de 1634, hasta Huacalera. Tumbaya prosperó más que su vecindario cercano, tanto que a mediados del siglo siguiente fué considerada su capilla como Vice Parroquia de Humahuaca, perteneciéndole los Curatos de Huacalera, Tilcara, y Purmamarea, conjuntamente con Tumbaya hasta Chorrillos, asignándole como línea divisoria el río de León. A propuesta del párroco de Humahuaca de entonces, don Francisco Javier Fernández, al Visitador Eclesiástico Ilmo. Moseoso y Peralta, según archivo curial de setiembre 1773, cabe añadir el dato interesante sacado del mismo archivo, cuando el Dr. Allende Pablo fué Visitador de la Quebrada y Puna, designado por el Ilmo. Obispo don Miguel Argandoña llegó a Tumbaya, Purmamarea, Tilcara y demás caseríos de indios, le afirmó el Cura de Humahuaca, don José del Pino, que impartía enseñanza catequística a los pobladores, dos veces por día. Además le aseguró se celebraban fiestas de Nuestra Señora de los Dolores, pero al término de ellas, se propasaron los vecinos en embriaguez, con aguardiente. Tal era el vicio que se

extendía al resto del Curato, que los indios y españoles se descuidaban en procurar alimentos y vestidos para sus mujeres e hijos. Dice el Dr. Allende que había muertes y otros daños e impone estos castigos: "Quien tuviere aguardiente debía salir del Curato en el término de 24 horas; y se le castigue, incluso con la pérdida de la especie, con multa de 50 reales si fuese español, si aborigen, 50 azotes.

En el año 1702, era encomendero Antonio de Argañaraz y Murguía, desde su tierna edad, conservando por muchos años sus derechos, pasándolos luego a sus herederos. De esta suerte, en los mismos cortijos de Argañaraz, crecieron los hijos de su vencido Vilitipoco. Tilcara, en este tiempo, como hemos visto, aparecía como anexo de Humahuaca y después de Tumbaya. Es evidente que allí, como en todas las encomiendas de Jujuy, se cumplía, por lo menos, lo esencial, a saber: educación cristiana de los indios y dedicación al trabajo agrícola.

Recién en 1756, cuando la visita canónica del Vicario de Jujuy, don Pablo Allende, encontramos en Tilcara que se levantó una información que demostró que el Cura don José del Pino, cumplía en su obligación de enseñar a los indios la doctrina cristiana y administrar los Santos Sacramentos, cumpliendo así con las instrucciones cristianas que venía del siglo XVI.

No favoreció la fortuna a Tumbaya en presencia de Tilcara; este último pueblo, algunas veces, fué considerado cabeza del Curato, de esta manera no debe extrañarnos encontrar, en esta época, la expresión "El Beneficio de Tilcara".

Según los datos del Archivo, vemos que el 1 de octubre de 1773, ordena el Sr. Obispo la separación definitiva del Curato de Humahuaca para la erección de la nueva parroquia de Ntra. Señora de los Dolores, de Tumbaya. Se pasa carta-oficio al Sr. Gobernador y Capitán General para que, como real Vicepatrón, dé su consentimiento, firma "Juan Manuel, Obispo de Tucumán. Ante mí, Dr. Domingo Guerrero, Prosecretario". Ese mismo día se pasa oficio al Gobernador, allí presente y el 2 de octubre se aprueba la nueva creación.

En el año 1777, cuando el Vicario General Dr. Frías encomendó al Vicario Foráneo de Jujuy, Dr. Aráoz, que disponga la provisión de ayudantes en los Curatos, determinó éste que el Párroco don Vicente Plazaola, quedara en Tilcara y pusiese ayudante en Tumbaya. Con esto comienza ya cierta autonomía parroquial en Tilcara para su futuro desenvolvimiento y progreso espiritual. Es curioso hacer notar que en esta época, según censo mandado levantar por el señor Obispo Moscoso, en el Curato de Tumbaya, no ha-

había ningún esclavo, sumando todos sus habitantes, españoles, indios y demás libres, 968 personas.

La Iglesia Parroquial de Tumbaya, deteriorados sus muros, se cayó del todo. Cuando en mayo de 1792 la visitó el Ilmo. Obispo Moscoso encontrándola en este lastimoso estado, ordenó al Cura Interino, don Felipe Antonio Martínez de Iriarte, que se llevara los libros parroquiales y el inventario de lo existente.

En plena decadencia sorprendió a Tumbaya la creación del nuevo Curato Parroquial de Tilcara. El 13 de abril de 1863 se propone el Curato de Tumbaya al sacerdote don Justiniano Alvarez, por el Ilmo. Obispo Rizo, pero el clérigo responde, proponiendo a su vez, unir los dos Curatos de Tumbaya y Tilcara, con sede en la última población, ya que en Tumbaya, por ser un pueblo pequeño de ocho a diez casitas, iglesia ruinoso, comercio limitado, no hay posibilidad de la congrua sustentación para el sacerdote. El Sr. Obispo dió un auto, meses después, anexando Tumbaya a Tilcara y designó Párroco a don Mariano Otárola en diciembre de 1863.

El 22 de junio de 1864, dió el prelado, otro auto con título de anexión de Tumbaya a Tilcara, como cabecera, al haber desaparecido la antigua iglesia de Tumbaya hasta los cimientos. El Obispo dió en 1872, autorización para instalar allí un oratorio y, años después, se volvió a reconstruir la iglesia y desde entonces fué atendida por los vecinos Curas de Tilcara.

Para justificar la erección parroquial de Tilcara primó su ponderación social y económica. Ya en el año 1850, este pueblo se preocupaba por la construcción de la nueva iglesia. En una carta que el Párroco don Gabriel Díaz enviaba el 11 de noviembre al Vicario Zegada, de Jujuy, su gran amigo, le decía: "Hoy estamos ya con la obra de la iglesia de este partido". Don Gabriel Díaz fué, ciertamente, un gran benefactor de esta feligresía y Curato; había sido comisionado para practicar un deslinde de la proyectada creación del Curato de Valle Grande.

El padre Otárola se hizo cargo del nuevo Curato Parroquial el 20 de mayo de 1864 (Archivo Curial de Jujuy). Solemnemente inauguró y bendijo la Nueva Iglesia Parroquial con asistencia de autoridades civiles y eclesiásticas, representando al Gobierno el Coronel Jefe de Policía, don Juan Alvarez Prado, el día 25 de diciembre de 1864. Carecía la nueva iglesia de una casa apropiada. En esta fecha nos encontramos con el sacerdote benemérito Antonio Mas Oller, quien estuviera también de Gobernador Interino y suscribiera el Acta de erección del ejido de Tilcara, cuyo Centenario se celebra el presente año de 1956.

En 1875, con motivo del jubileo del Año Santo, el párroco de entonces, don Anselmo Jiménez, celoso sacerdote, promovió en su

feligresía una gran misión que fué predicada por los frailes Franciscanos con extraordinario provecho espiritual, pero, por la grave enfermedad del mencionado sacerdote, se tuvo que retirar a Tucumán, siendo reemplazado por Fray Ignacio Villagra.

Sacamos del Libro 4 de Bautismo, fol. 129, la siguiente anotación: "Bendición de esta iglesia, reconstruida, de esta Parroquia de Tilcara, 19 de febrero de 1872. Firmado: José Manuel Justiniano, Cura" (Archivo Parroquial de Tilcara).

En el libro de fábrica del año 1863, fol. 33, figura el inventario hecho por el Cura Abraham Giménez, de fecha 22 de abril de 1872, aparecen objetos de culto "quebrados por Varela".

En la Iglesia Parroquial actual, al frente del altar mayor, en la pared lateral, está incrustada una lápida de mármol con la siguiente inscripción: "Iglesia fundada en 1797 por el sacerdote José Alejo Alberro" cuyo denominación lleva también la calle que pasa al frente de la iglesia; "Terminada en 1865 bajo la dirección de don Juan Alvarez Prado. En reconstrucción desde 1879 al 1894, bajo las órdenes de don José Félix Alvarez Prado".

Damos a continuación una nómina de los sacerdotes que han estado a cargo de la Parroquia desde 1773 según nuestros archivos:

1773-80	Thomas Pablo de Figueroa, Tte. Cura.
1773-83	Vicente de Plazaola, Párroco.
1776	Andrés Ruiz, Cura.
1784-85	Pablo Pedro del Sueldo Ríos.
1785	Venancio Burgos.
1785	Juan de Arango.
1788-90	Antonio de Iriarte, Párroco.
1789	Juan Viera, Teniente Cura.
1791-93	José Palavecino, Tte. Cura.
1793	José Gabriel Silvestre y Castellanos.
1794	José Pereira.
1794-801	Dr. Alejo Alberro, Párroco.
1801-805	Dr. José Mariano de la Barcena.
1818-23	Pedro José Mercado.
1819	Juan de Echalar.
1822	Cayetano González.
1823-25	Juan Figueroa.
1825	Manuel Aznarez.
1823-26	Martin Ignacio de la Barcena.
1827	Pedro José Ximenez.
1839-40	Joaquin de la Cruz Negrete.
1840	José Lucas Fernandez.
1840	Lorenzo Aznarez.
1841	Antonio Duran de Rojas.
1841	José Colombes.

- 1841-43 Salvador Matos.
 1844-48 Justo P. Barzena.
 1848-50 Juan Manuel Fresoe.
 1850 Pedro N. Columba.
 1850-51 José Gabriel Díaz.
 1851 Faustino Alvarez.
 1852 Vicente Comin.
 1855-59 Justo P. Barzena.
 1860 Idefonso Estrada.
 1861-63 Manuel Sarverry.
 1863 Antonio Mas Oller.
 1863 Mariano Otárola.
 1863-64 Bernardino de la Roca.
 1864 Pacifico Gandolfi.
 1864-65 Mariano Otárola.
 1865-67 Gregorio González.
 1866 Andrés Orlandi.
 1867 Antonio Zeballos.
 1867-68 Faustino Alvarez.
 1870-71 Ramón Ríos.
 1871-72 Virgilio Lorenzoni.
 1872 José Manuel Justiniano, Párroco de Humahuaca.
 1872-76 Abraham Jimenez.
 1876-77 Ignacio Villagra.
 1877-80 Justo P. Barzena.
 1881 Napoleón Hurtado.
 1881-83 Udalrrico Sabala.
 1883-85 Carlos Pinilla.
 1885 Saturnino Pantoja.
 1885-88 Pedro J. de los Ríos.
 1888-89 Dámaso V. Uriburu.
 1890 Manuel Alvarez.
 1891 Juan Antonio Guerrero.
 1891-92 Raymundo Volti.
 1893 Samuel Carrillo.
 1893 José A. Guerrero.
 1893-95 José R. Moledo.
 1895 P. Juan de Poel, Redent.
 1896 Generoso Tartaglia.
 1897 P. Matias Meier, Redent.
 1897-905 Higinio Lavin.
 1905 Primitivo Fuenteseca.
 1905-08 Guido Cecchi.
 1908-10 Francisco González.
 1910-14 Valentín Contreras.
 1914-16 E. Romero.
 1916 P. Enrique Merli, Franc.

1916	Martín Burgos.
1916	P. Pablo Cáceres, Franc.
1916-17	Juan C. Guevara
1917	Can. José M. Figueroa.
1917	Primitivo Fuenteseca.
1917-19	Gregorio N. Cisneros.
1919	P. J. Keiner S. V. D.
1919-24	Leonardo Ferrara.
1924	Juan van Dommele, Red.
1924	José M. Maurin.
1924-25	Rafael Saravia, Redent.
1924-25	José M. González, Red.
1925	José M. Maurin.
1925	Juan Bauken, Redent.
1925-33	Martín Burgos.
1933	Armando Tisken, Red.
1933-37	Fidel Ros.
1935	Alberto Barros.
1935	Simón Pedro Lobo.
1936	Fr. Alfonso de la Santa Familia
1936	Jenaro Ruiz.
1937	Leonardo Ibarrechebra.
1937	P. Gaspar Jacob S. V. D.
1937	Félix Ortega.
1938	P. J. M. Birkel S. V. D.
1938	Mario Vitali, Redent.
1938-54	José Luscher.
1955-56	Juan Kogler.

Diremos también que entre los años 1925 a 1933 se hicieron gestiones para refección de la iglesia, interesándose especialmente el Dr. Ernesto Padilla, comenzándose los trabajos en 1938 por intermedio de Arquitectura Nacional los que se terminaron en 1940. Anteriormente fué declarada Monumento Nacional.

A través de largas y meritorias actuaciones sacerdotales se consiguieron bancos nuevos, varias imágenes, se refundió dos campanas se adquirió un hermoso armonio y se instalaron las diferentes ramas de la Acción Católica, mejorando notablemente la vida espiritual en la sede parroquial como en los numerosos anexos que comprenden a los dos departamentos: Tilcara y Tumbaya.

Especial mención merece también la gran afluencia de peregrinos y devotos que atrae anualmente la llamada "bajada de la Imagen de la Virgen de Copacabana de Punta Corral", desde su oratorio, distante una seis leguas, en pleno cerro, llegan numerosos peregrinos que, a veces, alcanzan a elevadas cifras, 10 o 12.000 personas, procedentes de los últimos rineones de la parroquia, de

la provincia de Jujuy y aún de la de Salta que asisten a los solemnes y tradicionales ritos de la Semana Santa.

En el Año Santo Universal de 1954, se realizó una peregrinación hasta el histórico santuario de Río Blanco, de Jujuy, llevando a pie, solemnemente, todas las imágenes antiguas dedicadas a la Stma. Virgen María.

Cabe la distinción a esta parroquia, de custodiar los despojos mortales de su Capitán, el Coronel Alvarez Prado, en la capilla lateral de la iglesia.

Es interesante hacer notar que en ciento ochenta años, han trabajado los sacerdotes en la atención espiritual de la parroquia, tanto de Tilcara como de Tumbaya, con especial dedicación. Los primeros sacerdotes han sido, casi en su totalidad, Mercedarios, trabajaron además, los Padres Dominicos, Franciscanos, Jesuitas, Carmelitas, Redentoristas, del Verbo Divino, como los canónigos lateranenses del Colegio Belgrano de Salta, los que, desde hacen más de veinte años atienden el pueblo de Maimará, durante la temporada de verano.

Imploramos la Bendición de Dios y la protección de la Stma. Virgen del Rosario para los que viven en esta parroquia mariana.

Tilcara, agosto de 1956.

EL FOLKLORISTA

Y SUS VIAJES

por AUGUSTO RAÚL CORTAZAR

El título plantea un interrogante: ¿qué alcance tiene aquí la palabra "folklorista"? No me refiero a los cultores, algunos eximios, de la música, el canto o la danza de raíz tradicional. Aludo al estudioso de la ciencia del Folklore. La diferencia que quiero establecer no radica en la jerarquía o la calidad, lo que sería absurdo, sino en la distinta índole, en la diversa finalidad de sus respectivas actividades. Todos saben cómo actúa un guitarrista, un cantor o un bailarín, pero ¿qué hace y cómo será este curioso ser que ha consagrado su vida a la investigación folklórica? Unos, considerando que se trata de un hombre de ciencia, lo conciben como un erudito encanecido que acabará sepultado por cientos de volúmenes y millares de fichas; otros, recordando que viaja por apartadas regiones, lo imaginan provisto de polainas, casco blindado y fusil en bandolera, como los exploradores del África que vemos en el cine. Por cierto, en honor a la verdad, no es ni rata de biblioteca ni cazador de cabezas. Es sencilla y modestamente un especialista que aspira a conocer la ciencia y la técnica folklórica, como el botánico, el agrónomo o el geólogo las suyas. Para eso no basta leer y estudiar durante arduos años. No todo es teoría. El Folklore es ciencia de la vida tradicional del pueblo; por lo tanto, ciencia de la realidad y no de abstracciones metafísicas ni de puras doctrinas librescas. El desideratum es frecuentar el mundo material y espiritual del pueblo hasta compenetrarse profundamente con la vida popular. Esta tiene expresiones típicas muy diversas según las regiones y para conocerlas es ineludible viajar.

Lo catastrófico es invertir los términos y lanzarse a la búsqueda y compilación de material folklórico sin haberse capacitado en al ciencia correspondiente. A nadie se le ocurre que se pueda eficazmente recoger especies de la flora sin saber Botánica, o excavar y reconstruir ruinas indígenas sin ser arqueólogo. Pero cuántos creen que documentar leyendas o supersticiones, cuentos o costumbres no exige ninguna previa preparación científica y se lanzan a la empresa, con temeridad que sería sólo ingenua si no fuera perjudicial.

El folklorólogo, en cambio, además de estudioso concienzudo,

debe ser viajero infatigable. Renuncio a quedarme en generalizaciones teóricas, pues no pretendo enseñar, sino sólo referir mis propias experiencias, a través de tantos episodios y anécdotas como he vivido en diez años de metódicas investigaciones de campo en diversas regiones del país. No pongo mi voz al servicio de una prédica, sino ofrezco modestamente mis experiencias en relación con los entretelones personales y técnicos de los viajes de estudio.

El asunto es por cierto inagotable. Lo confirmé después de haber recorrido gran parte de nuestra patria y países vecinos en el curso de quince años. La mayor parte de mis experiencias se refieren a regiones de montaña: desde la puna jujeña a las sierras puntanas, pasando por La Rioja, Catamarca, Tucumán y Salta.

Cada viaje concreto exige, desde luego, preparación especial. A través de estudios, lecturas, mapas y guías hay que familiarizarse, antes de partir, con la región a recorrer. En el orden práctico, estos viajes presuponen informaciones previas sobre rutas, transportes, alojamientos, horarios, costos. El equipo fotográfico no puede faltar. Las cámaras cinematográficas y los aparatos de grabación fonoelectríca son ideales no siempre alcanzables. Por fin, abundan otros mil detalles y gestiones diversas que van desde la montura hasta las credenciales universitarias.

Entonces, y sólo entonces, llega el momento de partir. Arribado al remoto lugar de destino, el transporte resulta en aquellas latitudes tan complicado como en Corrientes y Esmeralda. No se trata de conseguir vehículo, pues muchas veces es inútil si no puede transitar por senderos de montaña practicables por cabras y mulas. Por lo tanto, lo más aconsejable es alquilar una mula y confiarse a ella. Pero ¿cómo confiarse sin conocerla? Sólo la relación que llamaré "íntima" por ironía, revela sus verdaderas virtudes: la que no es tropezona es asustadiza; la que no es cosquillosa resulta reacia al ajuste de la cincha y regala traicionero tarascón; ésta es mezuquina al freno; aquélla, con brusco arrancón impide al jinete montar y lo deja lindamente a pie.

En cuanto al equipaje, debe ser mínimo y bien seleccionado. Todo se distribuye entre los bolsillos y la alforja, que son al mismo tiempo ropero, despensa y botiquín. Hay que tener muy en cuenta la sección regalos. La investigación folklórica supone plática, trato cordial y hasta cierta familiaridad como condiciones del clima psicológico que es menester crear para conocer costumbres y relatos, cantos y creencias. Los viejos "vicios" eriollos, como el gancho los llamaba, es decir yerba, azúcar, cigarrillos, además de comestibles caseros y golosinas para las criaturas son recomendaciones de probada eficacia. Si se viaja por el Norte, alguna botellita de alcohol

y sobre todo la coca llegan al grado de lo infalible, sabiendo ofrecerlos con discreción y oportunidad. Se podría discurrir largamente sobre el papel social, psicológico y técnico de estos obsequios considerados como auxiliares de la investigación de campo.

Organizado el viaje en sus pormenores, resueltos los infaltables inconvenientes y los imprevisibles retardos se emprende ¡al fin! el viaje al punto prefijado. Los primeros tramos admiten que la atención se concentre en el paisaje, tan rico por lo común en sugerencias. Los matices se brindan sorpresivamente. Perspectivas inéditas se revelan hasta en el rincón más conocido y frecuentado. Pero la euforia inicial se aplaca con las horas. Se ha ganado la cumbre de los primeros cerros y las pendientes cada vez más pronunciadas reclaman el esfuerzo. Al mediodía se siente pesadez e invade el ánimo cierto desasosigo que la altura (tres o cuatro mil metros) exacerba sin duda. La tarde aporta su dosis de fatiga y acaso de melancolía y al anochecer se conoce lo que son el aplastamiento y el agobio. Los mil cuidados que el camino requiere impiden la reflexión ordenada y desbaratan el vuelo caprichoso de la fantasía. Parece que en aquella aridez desoladora ni el pensamiento pudiera florecer. El espíritu se repliega y amilana ante la adusta fisonomía de la montaña; cohibe la majestad de las cimas, al parecer inaccesibles y que, no obstante, hay que tramontar. A veces se transita el día entero sin encontrar un ser humano, sin pasar por la puerta de un rancho. Si por el contrario se atraviesa por lugares poblados o se tropieza en el camino con arrieros y comerciantes que marchan tras sus recuas o con viajeros en tránsito, hay que acudir a la voluntad adormecida y mantenerla alerta. Los caminos son para el folklorista la primera, insuperable lección. Todo lo debe observar con ahínco, tener la atención pronta, como gatillo cebado, para cazar al vuelo todos los detalles, ya se relacionen con la vivienda o con la indumentaria, con el habla o con los modos de comportamiento que la tradición impone a los viajeros.

Cuando el folklorista llega, por fin, a destino, cuando hace alto en el rancho hospitalario, no adquiere derecho al descanso, al relajamiento reparador que su cuerpo y su espíritu reclaman con ansia. Sólo inicia un nuevo capítulo de su aventura. Comprueba, a la par satisfecho y aterrado, que en el ambiente de rancho, en el seno de esta familia de pastores, comienza su verdadera labor, la más intensa. El folklorista se siente molido, pero el ánimo se erige tenso, fresco, casi diría feliz. Se ha roto el hielo de los primeros momentos en la rueda formada en torno del fogón. Advierte simpatía, condimentada de expectación, a su alrededor. Sus actitudes francas, su generosidad discreta comienzan a rendir el fruto. Ha ganado la primera batalla. Y se pone a trabajar multiplicando la observación, que ha de ser disimulada pero implacable. La li-

breta se enriquece con notas jugosas, hasta que la escritura vaka. La labor del día siguiente lo preocupa; recuerdos lejanos e inmotivados se entrometen y lo perturban; proyectos fantásticos lo tientan; las cosas que lo rodean parecen esfumarse... y el pensamiento se corta al fin, tronchado por el sueño...

Si al lector no le ha ocurrido otro tanto, sabrá que algunos de estos recuerdos y tantos que omito aquí para no exceder una discreta extensión (pero que integran un próximo libro sobre "Viajes folklóricos por tierras argentinas") se refieren a las investigaciones de campo que realicé teniendo a Tilcara como base de operaciones. De la casa que la Facultad de filosofía y letras de la Universidad de Buenos Aires ha destinado para profesores y estudiantes al pie del Pucará reconstruido, partí yo, en diversos años, para varias series de viajes: unos breves, hacia Huichaira y Juella por el Oeste, Perchel por el Norte y Maimará por el Sud; otros más prolongados hasta Iturbe e Iruya (Salta) y a localidades de los cerros de Zenta y de Tilcara, como Mudana, Molulo, Huaira Huasi, Piscuno y El Durazno. En estas últimas oportunidades, la fatiga de las jornadas, la alteración del régimen alimenticio, la influencia de la altura, me hicieron regresar afiebrado y maltrecho. Me infundía pavor la perspectiva de las diez o doce horas de marcha, zarandeando por la mula. Y no obstante, la satisfacción y el entusiasmo que desde el fondo del corazón retemplan el ánimo, hacen suponer resultados óptimos. No lo son, en verdad, ni el cansancio, ni los gastos, ni los riesgos y percances. Parecerá un caso de ingenuidad digno de lástima, pero como folklorista consideraba todo compensado con los recuerdos de datos interesantes que bailaban en mi memoria, con las imágenes de escenas populares, captadas por mi cámara, con los textos que registraba mi libreta. Por paradoja, se aliviaba el agobio pregustando el trabajo futuro. Pensaba en la labor de gabinete que permitiría enriquecer mis ficheros; en problemas varios de clasificación y de archivo. Me proponía leer y revisar centenares de volúmenes... En fin, entraba en plero delirio. Por momentos, tornando a la realidad, lo atribuía al malestar y a la febrícula persistente. Pero no era malestar físico. Muchos saben hasta qué extremos de sacrificio puede impulsar la pasión por un tema, el cultivo de una especialidad.

Sería inútil que yo tratara de explicarlos aquí a quienes no hayan sentido en lo más profundo del alma la fuerza de una vocación, el atractivo irresistible de un ideal, el amor auténtico por el terruño y su gente, la pasión por la ciencia desinteresada y pura, en cuyas aras se consagra hasta la vida.

Buenos Aires, julio de 1956.

AUGUSTO RAUL CORTAZAR

Díptico de Viltipoco

Hacia 1594, Viltipoco, cacique jujeño, cuyo imperio se extendía hasta las regiones calchaquíes y norte de Chile, había reunido más de veinte mil hombres, con los cuales aspiraba a destruir todas las fundaciones españolas del actual noroeste argentino y redimir a sus paisanos sojuzgados.

En inminencia de la invasión fué sorprendido por don Francisco de Argañaras, quien le halló durmiendo sobre un cuero en Purmamarca (Jujuy). Estos dos poemas imaginan al héroe entregado a la desesperación cuando le conducen prisionero y sus lamentaciones de cautivo.

* * *

I

*¿Es que el valor no duerme?... Aquí me tienen
las manos quietas y la lanza muerta..
¿Qué cacique soy yo! ¿De dónde vengo,
qué barro levantado de la infamia
ha formado este pecho y estos ojos
que habrían de ser vencidos por el sueño!
¿Qué hacen mis dioses! ¿Dónde está mi fuerza!
¿Una tormenta me despuebla el alma!
¿Quiénes son estas sombras que me llevan!*

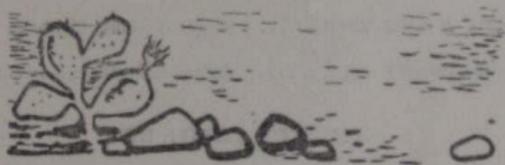
*Yo pasaba brillando entre los cerros
y alcé veinte mil lanzas como un viento
que me iba a obedecer contra los blancos,
vivi afilando mi odio y mi esperanza,
como un cardón, de pie todos mis años
y el cuero de una oveja me derrota!
¿Qué hacen mis dioses, dónde está mi fuerza,
dónde está Viltipoco..., Viltipoco...!*

II

*Et Sol, que era mi dios, y me ha olvidado
alumbra igual la suerte y la desdicha.*

*Sólo tengo palabras. Con palabras
elevo mi desgracia como un templo
para guardar mi frente hasta que muera
lo que soñé. Pero no tengo muerte
y llevo mi valor como una espina
que no acabara de clavarse en mi alma.
Yo fui Curaca, Vindimai, Cocique,
hice la guerra contra el hombre blanco.
Atacama y los cerros de Humahuaca
miraban en mi escudo su esperanza.
Tuve cien leguas para ver mi gloria
y ahora estoy prisionero.
El Sol, que era mi dios, y me ha olvidado
alumbra igual la suerte y la desgracia.
A todos llega el sol, pero mi sueño
es un pueblo perdiéndose en la sombra.*

JORGE CALVETTI



INDICE

	Pág.
PRESENTACION	Guillermo González Padilla 5
RASCOS GEOMORFOLOGICOS DE LA QUEBRADA DE HUMAHUACA	Mario F. Groudon 6
ASPECTOS GEOGRAFICOS DE LA QUEBRADA DE HUMAHUACA	Horacio Difrieri 12
CARACTERES GEOGRAFICOS DE TILCARA	Romualdo Arlissone 17
LA VEGETACION DE TILCARA	Angel Lulio Cabrera 27
EL PUCARA Y SU RESTAURACION	Eduardo Casanova 29
RASTROS CULTURALES INCAICOS EN EL PUCARA DE TILCARA	Ciro René Lafón 46
EL ARTE DE LOS INDIGENAS DE LA QUEBRADA	Pedro Krapovickas 49
ALGUNAS GENERALIDADES SOBRE LOS OMAGUACAS	Salvador Canals Frau 53
LA QUEBRADA, TILCARA Y LA POSTA DE HORNILLOS	José Armanini 62
TILCARA - NOTAS HISTORICO ECLESIASTICAS	Juan Kogler 68
EL FOLKLORISTA Y SUS VIAJES ...	Augusto Raúl Cortazar 76
DIPTICO DE VILTIPOCO	Jorge Calvetti 80

ILUSTRACIONES

Diagramación y dibujos de los pintores Luis Pellegrini y Medardo Pantoja	
TILCARA	Medardo Pantoja
LA ENANA CHEPA Y SU CANTARO	José Antonio Terry
HACIA LA CHICHERIA	José Antonio Terry
TILCARA Y SU ZONA DE INFLUENCIA CON LA UBICACION DEL PUCARA	Plano 35

*Este Libro
Se terminó de imprimir
El día 5 de Febrero de
1958 en los Talleres
Gráficos del Estado
de San Salvador
de Jujuy*



